

VIERNES LITERARIO

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal del diario PUEBLO

Viernes 9 de octubre de 1981

ANDRÉS Y SU

Publicamos hoy el texto íntegro de la conferencia pronunciada por don Rafael Caldera —ilustre escritor venezolano, ex presidente de la República de Venezuela y presidente de la Comisión Nacional venezolana para el Bicentenario de Andrés Bello— en las Jornadas del Bicentenario del polígrafo americano, que han tenido lugar en el Instituto Iberoamericano de Cooperación. Inauguradas dichas Jornadas por el ministro de Cultura, don Iñigo Cavero, han leído ponencias los señores Grases, Trujillo, Marías, García Valdecasas, Murillo

Escribe Rafael CALDERA

CUANDO nació Andrés Bello, hace doscientos años, lo que es hoy Venezuela acababa de lograr su integración política e institucional. Hasta 1777, la provincia de Venezuela comprendía parte, pero no la totalidad del país. Fue entonces cuando una Real Cédula de Carlos III organizó la Gran Capitanía General de Venezuela, a la cual se añadieron, además de la provincia que tradicionalmente llevaba ese nombre, las de Cumaná, Margarita, Trinidad, Guayana, Barinas, Mérida y Maracaibo. La misma integración se realizaría en el campo judicial y fiscal, mediante la creación de la Real Audiencia y de la Intendencia.

TREINTA y un años antes, en la misma Caracas, a unos quinientos metros de la casa de la familia de don Andrés, había nacido Francisco Miranda, el precursor indiscutible de la independencia sudamericana. Cuando nació Bello, Miranda era un oficial en el Ejército español, participante con brillo en la Batalla de Pensacola, relacionada con la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica.

Y un año y ocho meses más tarde, a menos de setecientos metros de la esquina de La Merced, donde los Bello y López tenían su hogar, nacería el Libertador por antonomasia, Simón Bolívar, símbolo máximo de las aspiraciones y posibilidades de los pueblos de América Latina. A los diecinueve años, Bolívar se casaría en Madrid, perdidamente enamorado, con una joven descendiente por la línea paterna de los Rodríguez del Toro que, en la Gran Canaria, en la población de Teror, era custodia de la Virgen del Pino, y por línea materna, de familia vascongada, cuyo nombre de Alayza delata las vinculaciones que al enamorado joven Bolívar, también de estirpe vasca, castellana, andaluza y canaria, le llevaron a Bilbao en su primer contacto con la Madre Patria. Cuatro años más tarde, muerta la tierna compañera, volvería a Europa y, en la Roma eterna, ante el espectáculo de un general victorioso de la Revolución Francesa, convertido en emperador y árbitro de los destinos de Europa, juraría entregar su vida a la causa de la libertad sudamericana.

CRECIO Bello, por tanto, en momento de maduración de la sociedad colonial. En Caracas, una ciudad pequeña y pobre, se notaba, sin embargo, la presencia de una intensa vida cultural. Así lo testimoniaran viajeros de diferentes nacionalidades. Entre ellos, el gran sabio alemán Alejandro de



ALOCUCION A LA POESIA

Fragmento del poema titulado «América»

Divina poesía,
Tú de la soledad habitadora,
A consultar tus cantos enseñada,
Con el silencio de la selva umbría;
Tú a quien la verde gruta fue morada,
Y el eco de los montes compañía;
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,
Que tu nativa rustiquez desama,
Y dirijas el vuelo a donde te abre
El mundo de Colón su grande escena.
También propicio allí respeta el cielo
La siempre verde rama
con que al valor coronas:
También allí la florecida vega,
El bosque enmarañado, el sesgo río,
Colores mil a tus pinceles brinda;
Y Céforo revuela entre las rosas;
Y fúlgidas estrellas
Tachonan la carroza de la noche;
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas
De nacaradas nubes, se levanta,
Y la avecilla en no aprendidos tonos
Con dulce pico endechas de amor canta.

BELLO TIEMPO

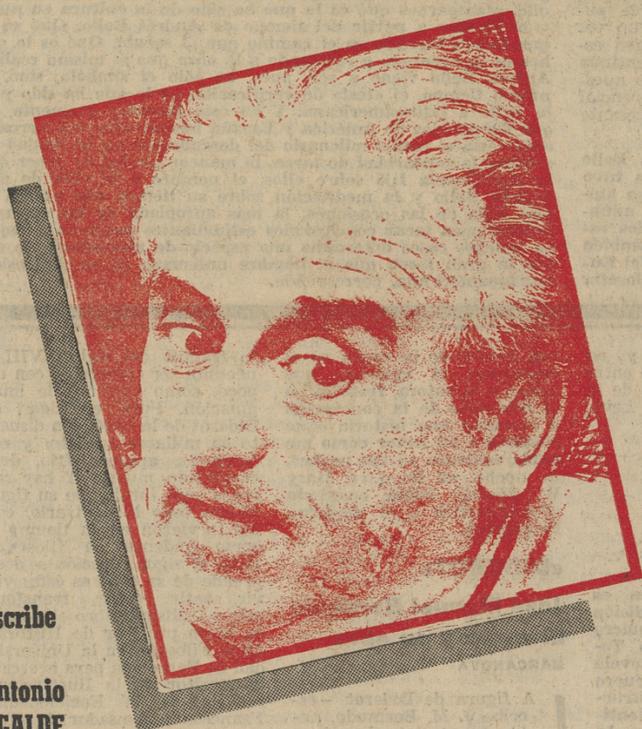
(secretario de las Jornadas) y Martínez Baeza, de las cuales daremos en nuestro próximo número un extracto de cada una. Las Jornadas se han completado con una interesante exposición iconográfica. Participaron en los coloquios: Dámaso Alonso, Oscar Sambrano, Miriam Blanco-Fombona, Gabriel Cuevas, Pedro Schwatz, Arturo Ardao, Walter Hansich (S. J.), Sandro Schipani, José María Castán, Fernando Fueyo Leneri, Héctor Gros Epiell, Mario Barros, José Luis Bonnmaiseon, W. Renán, Flores Jaramillo y Emilio Romero.

Humboldt. Se formó Bello como un verdadero humanista. Lector ávido de las mejores plumas del Siglo de Oro español, conocedor profundo de la lengua y de la literatura latina, traductor de Horacio y de Virgilio; conocedor también del idioma francés, traductor de Voltaire y de Victor Hugo, y del inglés, del que vertía las noticias que llegaban en la Prensa de Londres a través de la isla Trinidad (que había pasado por los azares de la guerra y los infortunios de la política española a las manos del Imperio Británico) es, ya acercándose a los treinta años, un prototipo de la mejor realización del pensamiento y de la cultura colonial en los países de nuestro Continente.

El tiempo de Andrés Bello comienza a sufrir una profunda mutación cuando, el 19 de abril de 1810, los patriotas venezolanos asumen la responsabilidad de dirigir la vida del país, así lo hagan en el primer momento en nombre del hijo del depuesto monarca Carlos IV, o sea, del hasta entonces Príncipe de Asturias y a partir de este momento símbolo «deseado» de la soberanía española, Fernando VII.

Se le presenta a Bello el tiempo clave, en el cual va a servir de eslabón entre la Colonia y la República. Ese eslabón se forjará definitivamente durante los casi veinte años transcurridos en Londres, que era para entonces, sobre todo después de las victorias obtenidas sobre Bonaparte, la capital de Europa, que era como decir la capital del mundo. Para Londres salió, a petición de Simón Bolívar y Luis López Méndez, formando parte de la primera y más ilustre misión diplomática que haya enviado nuestro país al Viejo Mundo. Para ese momento ya era hombre que había redactado la contestación de la Junta de Caracas a la regencia española, invocando los argumentos que justificaban la decisión adoptada de asumir, en ausencia del rey, la conducción del destino de nuestra Patria. Había sido brillante alumno en la Universidad, aplaudido poeta en las tertulias literarias, eficiente servidor en los más altos niveles burocráticos de la Capitanía General, secretario reconocido capaz de la Junta de la Vacuna, que realizó el primer programa de prevención sanitaria que se conoció en nuestra tierra. Había profundizado la Filosofía y la Filología y tenía ya lista una obra que publicaría treinta años después en Santiago de Chile. El Análisis Ideológico (o la «Análisis Ideo-

(Pasa a la pág. siguiente.)



Escribe
J.
Antonio
UGALDE

Inquietud de escritores e intelectuales ante el anteproyecto de ley de Propiedad Intelectual

“ES UN TORPEDO DIRIGIDO CONTRA LOS DERECHOS DEL AUTOR” dice Ángel María de Lera

El Consejo de Ministros del pasado viernes, 2 de octubre, estuvo a punto de examinar un nuevo «anteproyecto de ley de Propiedad Intelectual», elaborado por funcionarios ministeriales para su aprobación y posterior envío al Parlamento. La Sociedad de Autores, que tuvo noticia del asunto, envió un telegrama que, entre otras cosas, decía: «... No se tienen en cuenta ninguna de las propuestas elaboradas por los autores españoles, trabajadores de la propiedad intelectual, y si, en cambio, otros intereses.» El trámite de estudio por parte de la congregación ministerial quedó pospuesto y, con ello, se abría una puerta de esperanza a la renovación del diálogo, a la intervención de los organismos asociativos de los trabajadores intelectuales en la puesta a punto de una legislación racional.

SIN embargo, a medida que se han conocido los términos en que estaba redactado el anteproyecto de ley, al estupor ha seguido una cierta indignación, pues resulta evidente que se hubiera tratado de un grave e incomprensible paso atrás. Ángel María de Lera, quien junto al equipo directivo de la Asociación Colegial de Escritores ha tenido ocasión de examinar, después, el contenido del anteproyecto de ley, nos explica la magnitud de sus insuficiencias y defectos.

(Pasa a la pág. 4 de este Suplemento.)

ANDRÉS BELLO



(Viene de la pág. anterior.)

lógica», como dijera él) de los tiempos de la conjugación castellana, la más original y profunda de sus producciones, a decir de don Marcelino Menéndez Pelayo.

LEGA, pues, a la metrópoli británica en la madurez de su personalidad; pero es entonces cuando va a formarse de veras la concepción plena del papel que habría de representar en su tiempo. Esos largos años de Londres, durante los cuales iba a acrisolar su espíritu frente al dolor y la dificultad, en los que iba a formar una familia que no quiso invocara los títulos que habría podido ejercer, por la ascendencia materna y por el lugar del nacimiento, de ciudadanos de un poderoso país europeo, sino que quería fueran, como él, expresión del alma latinoamericana; durante los cuales habría de profundizar intensamente en los secretos de la literatura medieval, en el conocimiento de la lengua griega, en la información de las novedades científicas —todo ello para hacer válida la recomendación del gran patriota Juan Germán Roscio, secretario y mentor de la Junta de Caracas: «Ilústrase más para que ilustre a su Patria»—, sino también para captar en toda su plenitud la unidad del destino de las naciones españolas de América, expresada con valentía en la «Allocución a la poesía» (considerada como el manifiesto de liberalización de la literatura latinoamericana) y con belleza incomparable en la «Silva a la agricultura de la zona tórrida», y para aclarar y enriquecer los conocimientos jurídicos en el campo internacional y en materia civil, a fin de llenar el papel que le tocaba de inspirador y realizador de la nueva estructura jurídica de las repúblicas americanas.

DE Caracas a Londres, Bello seguramente discutió con Bolívar los aspectos importantes de la situación y del porvenir de Venezuela; en Londres, los dos escucharon de Miranda el evangelio de la integridad del destino latinoamericano. Cuando participa con el ilustre cartagenero Juan García del Río en la publicación de la «Biblioteca Americana», y emprende, posteriormente, la del «Repertorio americano», advierte con claridad que no van a ocuparse de alguno o algunos de los distintos países que integran nuestro mundo, sino a esforzarse en presentar lo que era y debía ser todo el amplio mundo hispanoamericano. «Tendremos especial cuidado —dice el "Prospecto"— en hacer que desaparezca de esta obra toda predilección a favor de ninguno de nuestros Estados o pueblos; escribimos para todos ellos, y el "Repertorio", fiel a su divisa, será verdaderamente americano.»

ALLA en Londres, América, más en su contenido que en su denominación, se le hace profundamente real y presente. Es cierto que él había denunciado, desde el primer párrafo de su «Resumen de la historia de Venezuela», el despojo histórico de que había sido objeto el nombre de Colón, al que tanto Bello, como Miranda y Bolívar, trataron de reivindicar hablando del mundo colombiano. «Colón, infatigable en favor de la España —expresa la iniciación del «Resumen»—, volvía por tercera vez a América con designio de llegar hasta el Ecuador, pero las calmas y las corrientes le empeñaron entre la isla de Trinidad y la costa firme, y, desembocando por las Bocas de Drago, descubrió toda la parte que hay desde este pequeño estrecho hasta la punta de Araya, y tuvo la gloria de ser el primer europeo que pisó el continente americano, que no lleva su nombre por una de aquellas vergonzosas condescendencias con que la indolente posteridad ha dejado confundir el mérito de la mayor parte de los hombres que la han engrandecido.» Pero ese mundo colombiano que tanto Bolívar y Bello como Miranda y los otros próceres se empeñaban en destacar fue inevitablemente cayendo en la denominación que las circunstancias habían generalizado, y desde Londres se empeña en difundir la ciencia americana, la literatura americana, en la «Biblioteca Americana», en el «Repertorio americano», en «Las silvas americanas» y, en definitiva, en el concepto de la unidad operante e indisoluble que debía prevalecer entre nuestras naciones.

DISPUSO la Providencia que Andrés Bello viviera lo suficiente como para realizar aquella obra cíclopea que hizo en la República de Chile. Decidido a volver a nuestro Hemisferio, con aquella preocupación obsesiva que le hacía verse ya a las puertas de la ancianidad y en circunstancias que podían colocar a su familia no sólo en la pobreza, a la que se había acostumbrado, sino hasta en la miseria, acepta de buen agrado el ofrecimiento que le hace el Gobierno de Chile, por iniciativa de don Mariano Egaña, y emprende en 1829 el largo viaje, que, como el que había hecho en 1810 en dirección contraria, había de tener tanta importancia y significación en la construcción de una nueva vida en el hemisferio americano.

BELLO, para decidirse a ir a «dos toto divisos orbe chilenos», sentía que la diplomacia le mantenía alejado de su verdadero centro geográfico vital, y por eso, entre el ofrecimiento de ir a Francia como representante diplomático de la Gran Colombia y de pasar después a Lisboa como ministro plenipotenciario, prefirió irse a retomar el papel de oficial mayor que había tenido en la colonia, pero ahora en los limitados ámbitos de un departamento ministerial, y a sembrarse en un país cuya inestabilidad política hasta aquel momento había hecho a Bolívar calificarlo como «el país de la anarquía», cuando el Libertador hizo los últimos e inútiles esfuerzos, a través de José Fernández Madrid, de evitar que se fuera tan lejos y conminarle a que regresara a su patria.

BOLIVAR, en la inmensidad de su genio, no quiso limitarse a ser el guerrero feliz que había consumado por las armas la obra de la Independencia; su gran preocupación, la causa de sus últimos y trágicos dolores, la fuente de amargura de los últimos años de su vida, al no poder realizarla totalmente, fue la de la organización institucional de las nuevas Repúblicas salidas de su espada. Cuando salió Andrés Bello de Inglaterra, en 1829, la obra constitucional de Bolívar estaba destruida. Venezuela iba a decretar la separación de Colombia; Ecuador seguía en esa misma dirección; los políticos neogranadinos, desde la capital, no acertaban a superar la crisis ni en el fondo estaban mayoritaria y decididamente orientados hacia la salvación de la obra de Bolívar. Por el contrario, Bello llegaba a Chile en un momento en que la inestabilidad política hacía crisis, y comenzaba un período en el cual, bajo el gobierno vigoroso iniciado por el empuje de don Diego Portales y llevado adelante por una generación sin duda altamente meritosa, se le iba a plantear la necesidad de iluminar y asesorar el rumbo jurídico, la animación cultural y, en definitiva, la ordenación institucional de una República que se iba a convertir en modelo para los otros países latinoamericanos.

ODAVIA en 1844, este problema estaba planteado integralmente. Refiriéndose a la memoria presentada por su ilustre discípulo José Victorino Lastarria sobre la influencia de las conquistas y del sistema colonial de los españoles en Chile, afirma: «La obra de los guerreros está consumada; la de los legisladores no la estará mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea adventiza, en los duros y tenaces materiales ibéricos.» ¿Cuál era esa idea adventiza? Era la idea de libertad, a la manera de la Revolución Francesa, extendida por contagio racional y emotivo a los distintos pueblos del mundo, llamado extranjero que combatía bajo el estandarte de la Independencia, y que aún después de la victoria ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse. Bello comprendió, perfectamente, que después de consumada la obra de los libertadores a la cual cantó con estrofas llenas de admiración y de entusiasmo, estaba por cumplirse la obra de los legisladores y a ella se entregó apasionadamente durante los treinta y seis años de permanencia en Chile.

ESA obra no era, sin embargo, un compromiso restringido a la elaboración de los textos jurídicos: reclamaba la formación de la conciencia, la definición y fortalecimiento de la identidad cultural, la promulgación y defensa de los cánones que pudieran hacer que esta identidad cultural se realizara cabalmente y le dieran sentido y vigencia a la tarea propiamente legislativa que sin aquella habría quedado reducida a fórmulas vacías e ineficaces.

CUANDO llega al Sur, Bello se acuerda de que su primera vocación es la de educador. Siendo muy joven había dado clases en Caracas, no sólo para ayudar a ganarse la vida, sino para desahogar un anhelo inserto en su propia personalidad. De las clases que dio a Bolívar queda un recuerdo imborrable en las frases con que éste se jactaba de haberlo tenido como uno de sus maestros «de primer orden», enseñándole Bellas Artes y Geografía, labor que le ganó a Bello el más rotundo y hermoso de los reconocimientos que pueda recibir persona alguna, y que él recibió de Bolívar cuando aún estaba en plenitud de su poder y de su gloria: «...y yo le amaba con respeto». No se olvidó que en Londres, en medio de las penurias de la existencia, una de las oportunidades que se le ofrecieron para vencer esa penuria había sido la de dar clases, de lenguaje y seguramente, con el lenguaje, de cultura. Pero es en Chile donde ese magisterio toma la dimensión histórica que le estaba asignada por la Providencia. Al comenzar a enseñar lo hace con el Derecho Internacional, ya que considera que éste debe ser visto por las nuevas Repúblicas con un respeto casi supersticioso, para no dar a la ambición de poderes, extraños pretextos para intervenir y usurpar. En ese doble carácter de educador de pueblos y de forjador de una nueva institucionalidad jurídica, publica en Chile, casi recién llegado, en 1831-32, los Principios del Derecho de Gentes, punto de partida de la actitud reflexiva y sistemática latinoamericana en materia de Derecho Internacional.

UE, en esa misma dirección, cómo asume en 1842 la fundación de la Universidad de Chile, moldeada sobre sus propios trazos y orientada por él hasta el fin de sus días; construida sobre las ruinas de la antigua Universidad colonial de San Felipe y orientada hasta colocarla en la vanguardia del movimiento intelectual de Iberoamérica.

UE también, en este papel de organizador institucional y de maestro de las nuevas generaciones, cómo publica en Santiago de Chile, en 1847, la «Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos», inspirado en el deseo, por una parte, de afirmar la emancipación de nuestra gramática de la tradicional servidumbre de los que no veían en ella sino un reflejo de la gramática latina, y por otra parte, la preocupación de mantener la lengua «en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vehículo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramada sobre los dos continentes», y que continúa hoy siendo texto vigente, que enaltece a los cultores de nuestra hermosa lengua y nos ayuda como el vínculo preferencial de nuestra gran familia de naciones en la búsqueda incansante de la unidad.

A esta tarea de organizador y maestro, don Andrés Bello dedicó tanto tiempo y tanto esfuerzo que sin duda tuvo que restar a otros propósitos, como el determinar en su ambiciosa concepción aquel poema, «América», que había anunciado en Londres, o concluir sus profundos e iluminados esfuerzos de investigación acerca del Poema del Cid o también su Tratado de Filosofía, que se inició con la Filosofía del Entendimiento y estaba previsto para continuar con la Filosofía

de la Voluntad. Se entregó a la dilatada, memorable y venerada tarea de redactar un Código Civil, en el cual supo conjugar los esfuerzos de muchos, pero quedó preeminente su acción, su dirección y su presencia activa, hasta el punto de que en el momento de sancionarse el Código Civil de la República de Chile, en 1855, tanto el Ejecutivo chileno como el Congreso le hicieron objeto del más singular y extraordinario de los reconocimientos.

ODA esta obra parece que fuera imposible que la hubiera podido realizar un ser humano, pero daría una idea incompleta quedarnos en la sola mención de los rubros que hasta ahora hemos señalado. Pues si bien en el campo de la Filología no hay que olvidar su Tratado de Ortología y Métrica, su Análisis Ideológico de los Tiempos de la Conjugación Castellana y su empeño razonado y certero acerca de la reforma ortográfica, y si en materia de Filosofía es también imposible olvidar los análisis críticos que dedicó a obras de gran importancia, y si en el aspecto literario no se pueden dejar a un lado las poesías del tiempo de Chile, que constituyeron en cierto modo la sublimación de su obra poética (de la que es ejemplo relevante el bellissimo poema «La oración por todos»), y si bien, desde el punto de vista de la teoría y práctica de la educación su obra desde el rectorado de la Universidad de Chile en sus diversas ramas fue verdaderamente gigantesca, hay que observar también que su obra jurídica es por demás extensa, que trabajó a fondo el Derecho romano, cuyo estudio defendió en momentos en que se había creado la idea de que era un achaque reaccionario el dedicar tiempo al aprendizaje de la legislación romana, o la obra densa y copiosa que realizó desde la Cancillería chilena, como encargado de su formación y de su dirección, desde el cargo que inicialmente tuvo de oficial mayor en el Ministerio de Relaciones Exteriores, o de su labor de más de veinte años como senador, haciendo frente en la Cámara Alta a los más variados asuntos, o como forjador de la Administración Pública, a través de los mensajes, textos y proyectos cuya elaboración le fue confiada, o de la conducción del pensamiento en Chile a través del periódico «El Araucano», cuya redacción y concepción editorial tuvo a su cargo durante muchos años.

ODA esta obra responde a un pensamiento, a una inquietud y a una determinación muy clara, muy precisa: la construcción de ese nuevo orden que se necesitaba en los nuevos países de América. Bello trabajó en Chile y para Chile, pero no sólo para satisfacer las necesidades de una de nuestras comarcas, por importante que ella fuera. Bello, nacido en Caracas y muerto en Santiago, abarcó con su mirada permanente todo el ámbito de nuestro continente; pensó para América, escribió para América, legisló para América, en forma consona con lo que había anunciado desde la presentación del repertorio americano.

«¿Qué media —dijo hace cien años Aristides Rojas— entre estos dos extremos de la América del Sur? Las hoyas del Orinoco, del Amazonas y del Plata, los dilatados bosques y pampas de la zona tórrida y los Andes con toda su riqueza. Cuna y tumba de un grande espíritu limitan al Norte y al Sur este panorama de luz.» Y su mensaje llegó a España, como lo expresó en verso, en el mismo año del primer centenario de Bello, don Manuel del Palacio:

Plugo a la providencia o al acaso
su sepulcro y su cuna alzar distantes
y en lejana región abrirle paso:
mas a los ecos de su voz vibrantes
se incorpora en la tumba Garcilaso
y la contempla con amor Cervantes.

EL tiempo de Bello viene a ser, en gran medida, el tiempo de América. No pueden menospreciarse sus treinta años de Caracas que representan la maduración de la Colonia, la realización de los objetivos máximos que el imperio, desahogado y exánime por el inmenso esfuerzo de tres siglos, había realizado en sus territorios de ultramar. No pueden menospreciarse, en modo alguno, los veinte años de Londres, durante los cuales no sólo pensó y trabajó, sino que escribió y proyectó y pudo confrontar sus meditaciones con las de los más altos personajes de naciones hermanas de América y con destacadas personalidades del movimiento liberal español, que habían ido como aquéllos a encontrar en las playas inglesas algo de reposo y un poco de tregua para insistir en la lucha por sus ideales. Pero, sobre todo, el tiempo de Bello se representa en el tiempo de Chile. ¿Qué treinta y seis años más fecundos lo de aquel hombre que, casi en los cincuenta, llegara para comenzar a dar el óptimo fruto de una siembra profunda que se había realizado en su espíritu durante medio siglo! En cierto modo tocó a Bello intentar en la práctica lo que Bolívar había soñado. Este lo pretendió a través del impacto arrollador de su personalidad y de la influencia irresistible de su prestigio. Bello llegó, en el momento en que la tierra mostraba en sus surcos no sólo la huella del arado, sino el afecto debastador de las contiendas que habían trazado el destino de América, y su semilla fue regada con una lluvia abundante y pertinaz, que hizo fecunda aquella tierra generosa y dio como estupenda cosecha la más admirable floración que el siglo XIX pudo ofrecer en cualquiera de las doloridas repúblicas americanas de las que, con orgullo, nos hablara Martí.

D OSCIENOS años del nacimiento de Andrés Bello representan, por tanto, no sólo un acontecimiento histórico de importancia; representa la oportunidad para meditar sobre su tiempo y sobre el tiempo de América. Con motivo de este segundo siglo de su afortunado nacimiento, hemos querido, por ello, plantearnos qué es lo que ha sido de la cultura en nuestros pueblos a partir del tiempo de Andrés Bello. Qué es lo que hemos logrado en el camino que él señaló. Qué es lo que hemos incorporado o ratificado a la obra que él mismo realizó. Andrés Bello viene a ser, pues, no sólo el símbolo, sino, al mismo tiempo, el «test» de verificación de lo que ha sido y es la cultura latinoamericana. Y en este histórico momento, en que los pueblos de América y España buscan otra vez, cercano como está el medio milenario del descubrimiento, la unidad de destino, la solidaridad de tarea, la mancomunidad de deber que la Providencia fijó sobre ellos, el nombre y la vida de don Andrés Bello y la meditación sobre su tiempo nos parece la más feliz de las ocasiones, la más apropiada de las circunstancias para sacar conclusiones estimulantes positivas, aunque en muchos casos determine una especie de remordimiento sobre la gran tarea que al hombre universal, en su dimensión hispanoamericana, corresponde.

«UN DIALOGO SOBRE EL PODER»

Michel Foucault

ALIANZA TRES

TRADUCIDA e introducida por Miguel Morey, Alianza Tres publica una recopilación de entrevistas e intervenciones de Michel Foucault, encabezadas por la que mantiene con Gilles Deleuze (aquí el traductor, según nota a pie de página, no es Morey, sino Francisco Monge, que ya la publicó en el Viejo Topo en 1966) y que da título al volumen, Curiosa, tanto por la puesta en discusión práctica del pensamiento foucaultiano como por el clima posmayo que todavía transmite, es la

transcripción del debate publicado en 1972 por la revista de Sartre Les Temps Modernes, sostenido entre Foucault y un grupo de militantes maoístas sobre el proyecto de un tribunal popular para juzgar a la Policía. Una entrevista sobre el régimen carcelario es el capítulo titulado «A propósito del encierro penitenciario». En «Poderes y estrategias» responde al tema del Gulag, y «Encierro, prisión» es un coloquio entre David Cooper, Marie Odile Faye, Jean Pierre Faye y Marine Zecca. Interés especial reviste el tema de «Verdad y poder», por repasar el propio Foucault la trayectoria de su pensamiento y su trabajo. Plato fuerte y a la moda del momento de su publicación en

«Nouve Observateur» y en «Triunfo» la entrevista entre el autor de la «Histoire de la folie» y Bernard Henri Levy, que cierra el libro.

«FRANKENSTEIN O EL MODERNO PROMETEO»
Mary W. Shelley

ALIANZA EDITORIAL

TAMBIEN de Alianza es esta oportuna reedición de «Frankenstein», en pulcra traducción de Francisco Torres Oliver. Quizá la novela gótica, en la que el género trasciende hacia la construcción de una mitología científica y resuelta según la fórmula de la novela episto-

lar. Sueño de la razón es el monstruo, el «golem» que imagina la autora, resuelta en el momento de la concepción a inventar una historia «que asustase a mi lector como me había asustado yo esa noche», la noche en la que Mary W. Shelley había ensñado «Frankenstein o el moderno Prometeo».

«DIDEROT»

José Manuel Bermudo
El autor y su obra

BARCANOVA

A figura de Diderot —escribe J. M. Bermudo, autor de esta introducción a la vida y la obra del polígra-

fo francés del siglo XVIII— necesita ser construida con un poco, como mínimo, de imaginación. Pues, en rigor, el Diderot de la erudición disuelto en millares de datos y referencias, aparece frío, descaudado, muerto. Y hay razones para intuir que su figura era todo lo contrario, como lo vieron en su tiempo y como condensa su filosofía. Pues, si alguna lección se desprende de su obra es ésta: vivir, sentir, crear, transformar. Utilísimo libro el de este joven profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Barcelona para acercarse al escritor de la Ilustración, redactor de la Enciclopedia Francesa y pensador de muchas de las ideas que alimentaron la Revolución de 1789.



Escribe Guillermo DIAZ-PLAJA, de la R. Academia Española



LA COLUMNA ESCARLATA

SUPLEMENTOS Y PROGRAMAS CULTURALES

(Los debates de Cultura y Sociedad)

UN programa de la Segunda Cadena de la televisión, «Encuentros con las letras», necesario y bien hecho, tiene ya sentencia de muerte. Y no va a ser sustituido —según todos los indicios— por ningún otro en el que los espectadores interesados por la cultura vayan a encontrar aquel repaso semanal de la producción literaria que con rigor, limpieza y amenidad hacían varios escritores y críticos dirigidos por Carlos Vélez. Los expertos en Prado del Rey hablan de que «el criterio de la Casa» lo juzga aburrido. Es decir, que los señores de dicho Prado se aburren con la difusión de la literatura tal cual es.

Que aumenta en aquel predio el pasto que nutre la creciente tendencia en nuestros medios de comunicación social hacia la desnaturalización del papel que en una sociedad democrática han de desempeñar aquéllos en el apoyo, difusión y fomento de la calidad cultural. La vanalización —pues no otra cosa supone la supresión del programa de Carlos Vélez y lo que se sabe de los ensayos y proyectos de información cultural del hecho literario— pacen en el Prado de la televisión española.

El aumento de la calidad —por desgracia hay que repetirlo todos los días— en la creación artística coincide siempre y muchas veces expresa —tenazmente cuando la represión arrecia— la tendencia de la sociedad de la que brota hacia la libertad; toda degradación perpetrada contra el objeto cultural atenta, en última instancia, contra la libertad de esta sociedad que acaba de emprender el camino hacia la democracia, único sistema político de entre los conocidos en el que la garantía de las libertades hace posible el perfeccionamiento de la capacidad creadora y expresiva del hombre.

El club Cultura y Sociedad ha organizado dos debates durante los pasados martes y miércoles en torno al tema «La cultura en los medios de comunicación». En la sesión del miércoles hablaron de la radio y la cultura: Radio Popular; Fernando G. Delgado, director de Radio Tres; Javier Díaz, por Radio Centro, y por la cultura en la televisión —¡paradoja!—, Carlos Vélez. Moderaba el acto Antonio de Senillosa. La indignación de los asistentes ante la supresión de «Encuentros...» acabó por monopolizar el acontecimiento.

El día anterior —moderaba Julio Álvarez, y dijo que las páginas literarias eran, en el panorama de la Prensa española, «zonas verdes de la conciencia cívica»— se habló de los suplementos culturales. Pedro Crespo insistió en la temática de la libertad y pidió a la sala —sin éxito— críticas a su «Sábado Cultural», de «ABC». Rafael Conte («El País») alzó, frente a la demagogia de la divulgación, que disfraza la chabacanería, la exigencia de la calidad.

Dijo que la cultura cuesta, pero que las páginas culturales de los periódicos compensan de la rebaja cultural que en los medios de comunicación se impone a las cosas que transmitimos. Sánchez Dragó explicó sus conocidas teorías, a la vez que abjuró del sesgo que está tomando —ajeno por completo a él— su «Disidencias». Castro Arines nos recordó ejemplarmente las páginas del fallecido «Informaciones». Nosotros expusimos también nuestros criterios, y tuvimos la satisfacción de recibir por «Viernes Literario» la unánime felicitación de nuestros colegas.

La presencia entre el público de nuestro subdirector, Dámaso Santos, se convirtió en un homenaje que presidió expresamente el carácter del acto. Dámaso Santos fue invitado a dar su opinión. Coincidió con la de todos nosotros: calidad —mayormente en estos momentos por los que atraviesa la sociedad española— es libertad. Sólo así se explica el auge de los suplementos literarios de calidad y el apoyo decidido que nos prestan los lectores y los creadores de la cultura española.

Santos AMESTOY

SOCIOLOGIA DEL MAS ALLA



CUALQUIER análisis general de la obra de Eugenio d'Ors calibra la importancia que en ella requiere la sociedad como elemento fundamental del hombre pensante. Si la inteligencia es una chispa que salta del diálogo, ¿cómo no entender al hombre como sujeto de compañía e intercambio mental?

MAS curioso resulta el trasplante de esta conclusión a los alegatos no reales del «gran teatro del mundo» d'orsiano. Mundo, como sabemos, poblado de mitos. Así, Teresa aparece siempre en la conversación que gira en su torno; unas veces, con sus amigas del pueblocito del Maresme catalán, donde veranea; otras, cuando es el propio Xenius su interlocutor. Recordemos el famoso mensaje teresiano, donde se descubre la misión celeste del mito; cuando se declara que cada cual debe buscar lo que de angélico hay en el espíritu del hombre. Y el ángel es, en la dialéctica d'orsiana, la sobreconciencia, como el demonio anida en el inframundo del subconsciente.

VAMOS a proseguir la galería de los mitos de Xenius. Empezando, claro está, por el contramito de Teresa la Bien Plantada, ya que, en buena dialéctica, toda figura debe tener su contrafigura. Que en este caso es la Lidia, la pescadora de Cadaqués. Si Teresa es de alguna manera un mito colectivo, síntesis perfecta de muchas mujeres reales, la Lidia era un ser humano perfectamente personal y diferenciado, al que conocieron y trataron muchas gentes. Así mi amigo Martinet, que vive en el Port Dogué de Cadaqués, me cuenta que, siendo niño, perseguía con sus amiguitos a la Lidia, gritando: —Bruixa! Bruixa! Bruixa!

SE trataba, claro está, de un error. La que era bruja era, al parecer, su madre, que murió en Cadaqués el 6 de septiembre del año 1900, y que se llamaba Dolores Saba, siendo conocida por su apellido: La Saba. No se extrañen ustedes. El Ampurdán es tierra de brujería, como sabía muy bien aquel admirable poeta que se llamó Carles Fages de Climent, y uno de cuyos libros líricos se titula «Les bruixes de Llers», personajes que han merecido los estudios de J. Guillaumet y otros sociólogos. Se ve que la «tramuntana» hace saltar imágenes y sueños. Y que el mundo del más allá está presente en las costumbres, como aquella que cuenta Josep Pla en su libro «Cadaqués» de los ritos que usaba

un tal Tetus para desembrujar las barcas que, en los días de tempestad, eran especialmente peligrosas.

DE este menester brujo era, sin duda, la madre de la Lidia, de quien me ha contado cosas estupendas el erudito don Josep Rahola i Sastre, que recuerda que su pariente don Victor Rahola le había contado que, estando al pie de la «riera», en el mencionado año de 1900, de pronto se cubrió el aire de una espantosa niebla, acompañada por el furioso maullar de centenares de gatos negros. De pronto, entre el espantoso remolino, apareció un caballero extraño envuelto en una capa negra, que dijo a los estupefactos espectadores: —La Saba ha muerto.

SOBRE las artes de brujería de esta extraña mujer mi amigo Rahola i Sastre añadía muchas historias. Así, la de que prometía a las mozas de Cadaqués llevarles a su casa, acostarlas en una cama y, por arte de magia, llevarse las en volandas hasta Africa, donde se pernoctarían con grandes jefes musulmanes. Al día siguiente se encontrarían de nuevo en Cadaqués. El mundo de los alucinógenos, que llevó a tantas desgraciadas a las hogueras inquisitoriales, está presente en este relato.

SIN duda esta leyenda y otras pesaban sobre la pescadora que dio alojamiento al joven Eugenio d'Ors cuando llegó a Cadaqués, a primeros de siglo, encontrándose con una población dominada por las mujeres, porque los hombres pasaban la vida en el mar, en la pesca y en las explotaciones de coral. Una verdadera organización matriarcal se establecía entonces, en torno a grandes ollas donde hervía el café, mientras crepitaban interminablemente la cháchara y el cuento popular. El poder de la Lidia se notaba en que a su marido se le llamaba «el Lidio», y no era consultado para las decisiones. En el recuerdo de Xenius, la pescadora conservaba un halo de belleza.

Y es bien sabido que esta valoración recibió la oportuna réplica, ya que, como dice la leyenda, la criatura femenina creyó —llegó a creer— que el retrato de la Bien plantada, que por aquellos años dibujaba el escritor, era ella misma. Cuando en 1954 Eugenio d'Ors decide dar figura de realidad al mito, se apoya en una segunda visión de Lidia: la que aparece protagonizando un mito, reverso de «La Bien Plantada», que se titula «La verdadera historia de la Lidia de Cadaqués», que no apareció en forma de libro, ilustrado por Salvador Dalí, hasta 1954. La pobre mujer, que empezó creyendo que era Teresa, había declinado visiblemente cuando d'Ors volvió a verla, diez años después de la aparición de «La Bien Plantada». Tenía manía persecutoria y creía que el propio Xenius se burlaba de ella; así, cuando publicó su libro «Poussin y el Greco» Lidia pensó que era una alusión a dos pescadores de Cadaqués: el uno de pequeña estatura (por lo que se le llamaban El Puga, El Pulga) y el otro, que procedía de helenos que pescaban allí el coral, y que por ello llamaban El Greco. Un mundo hostil imaginaba la pobre Lidia, que estaba encargado de perseguirla... Y así dejó Cadaqués para instalarse en Castelló de Ampurias, donde d'Ors volvió a verla con ocasión de una excursión a la tremenda roca arqueológica que se denomina Sant Pere de Roda.

PASARON más años y la pobre Lidia se acogió a una casa de reposo para ancianos. Allí fue a verla el glosador cuando apenas le quedaba una sombra de conciencia. Abrió un ojo, le miró y pronunció solamente estas dos palabras: —«Fill meu!»

Y esta es la sociología de las criaturas míticas —al menos las principales— de Eugenio d'Ors.

ALMAGRO, IV FESTIVAL

Escribe Domingo YNDURAIN

COMO en años anteriores, del 21 al 24 del mes de septiembre, se han celebrado en Almagro unos encuentros sobre teatro clásico, en esta oportunidad dedicados a Calderón, como corresponde en el centenario. Las jornadas, organizadas esta vez por Rafael Pérez Sierra, eludieron las ponencias magistrales para basarse en representaciones concretas. En efecto, a la representación (en directo o su video) de una obra de Calderón seguían las explicaciones de los directores de escena y, después, una serie de opiniones por parte de especialistas en muy diversos temas.

Sin duda, este sistema propició el acercamiento, ya intentado en otras reuniones, entre los llamados hombres de teatro y los «eruditos», lo cual es el mayor mérito de estas cuartas jornadas.

Las obras discutidas fueron «El galán fantasma», «El gran teatro del mundo» y «La hija del aire», esto es, una comedia, un auto sacramental y una tragedia, dirigidas, respectivamente, por José Luis Alonso, José María Morera y Lluís Pascual. Para analizar y comentar estas obras intervinieron como ponentes Francisco Ayala, Alfonso Pérez Sánchez, Joan Segarra, Lorenzo López Sancho, Pedro Sanz Rodríguez, Manuel Angel Conejero, Eduardo Haro Tecglén, Francisco Rico y José Luis L. Aranguen. Como se ve especialistas en muy diferentes campos del saber y profesionales de medios muy distintos, lo que permite considerar las obras desde varias perspectivas y además las ponencias se completaron con intervenciones de E. Orozco, José Antonio Maravall, José Monleón, Basilio Gasent, Francisco Rodríguez Adrados, Andrés Ruiz Tarazona, Luciano García Lorenzo, Francisco Ruiz Ramón, etc.

COMO se puede suponer, allí se habló de todo, desde música o elementos pictóricos hasta sociología y lingüística. El peligro de la dispersión y, sobre todo, de la especialización se salvó gracias a la necesidad de referirse a las obras que se habían visto, y centrar sobre ellas los análisis o consideraciones teóricas. De este modo, los directores tuvieron oportunidad de valorar lo que para su trabajo supone determinado tipo de información histórica, que afecta directamente al sentido o a la realización de las obras que ellos montan; por su parte, los «eruditos» se vieron obligados a salir de las habituales consideraciones teóricas para enfrentarse con la práctica, con los problemas concretos, materiales, con los que a diario se enfrentan directores y actores, desde la falta de subvenciones y ayudas hasta la manera de decir el verso en escena. Creo que el contraste resultó muy fecundo, pues obligaba a los unos a ponerse en la situación de los otros, es decir, a comprender o intentar comprender las razones ajenas. En este sentido, para mí, resultó aleccionador oír las explicaciones de los directores sobre el terreno, entender sus preocupaciones teóricas y, hasta cierto punto, entrar en el ambiente de ese complejo mundo teatral. Que los dos mundos no viven separados más que formalmente, lo puso de manifiesto, por ejemplo, la intervención de Juan Meseguer, con la que demostró que ser un buen actor pasa, al menos en su caso, por la reflexión sobre su propio trabajo y por consideraciones teóricas, tanto acerca de su actividad como de la obra que representa, y en relación con ella.

HASTA tal punto se aceptó la necesidad de contrastar la teoría con la práctica

que hubo quien propuso para las próximas jornadas montar un pequeño taller teatral en el que participaran, junto a los actores, los críticos, lo que, sin duda, no dejaría de ser aleccionador, además de divertido.

EN el terreno ya de las conclusiones parece como si, en general, se diera menos importancia que en años anteriores a los planteamientos sociales, al teatro de combate y a la carga ideológica como problema. Por contra, se reivindicó el papel que el teatro cumplía en el Siglo de Oro como celebración, como fiesta y espectáculo, lo que le acerca, más que cualquier otra cosa, a la contemporaneidad.

Y por lo que respecta a la capacidad del público para entender y gustar nuestro teatro clásico se pensaba que era alta, pero resultaba imprescindible mantener la continuidad de las representaciones de este tipo, tanto para crear una escuela dramática como para habituar a los espectadores a las convenciones y lenguaje de la escena clásica. Por otra parte, la falta de ayudas que proporcionen una estabilidad mínima a las compañías dedicadas a tan necesario menester provoca la desaparición de las pocas que se arriesgan a ello, como la de Manuel Canseco. La opinión general fue que sin la ayuda estatal, y sin una planificación teatral coherente, el teatro español del Siglo de Oro se convertiría, si no lo es ya, en una momia que se exhibe por los escenarios. Logros espectaculares, como el de Lluís Pascual en su montaje de «La hija del aire» (única obra que vimos en vivo), serán, de otra manera, fogonazos que hacen más densa la oscuridad en que ya estamos metidos.

Escribe Jacinto LOPEZ GORGE



LUIS ROSALES Y EL PREMIO CIUDAD DE MELILLA

La dimensión alcanzada por el premio internacional de poesía Ciudad de Melilla, que es ya internacional verdaderamente y no porque así lo enuncien sus organizadores, exige que toda la atención de nuestra «República» en esta semana se centre en ese gran premio. En cualquier caso ningún acontecimiento literario de mayor importancia se ha producido en esta semana, porque el premio —los premios, que no son todos literarios— Príncipe de Asturias ya fue acontecimiento en su día, y ahora —aunque con la presencia de los Reyes y el Príncipe— sólo se estaba en la solemnidad de la entrega, ya proyectada a los vientos de la gran información por otra parte. Además, en el premio Ciudad de Melilla fui testigo de excepción como secretario de su jurado. Sabido es que con el codiciado premio se alzó un libro excepcional, un libro que acaso sea el mejor de cuantos lleva escritos Luis Rosales. El gran maestro de la poesía española de hoy —y digo de hoy porque ninguno de los grandes que aún viven se ha ido renovando continuamente ni se encuentra en plena producción desde la cumbre— había presentado al concurso melillense, que este año era bajo plica, el titulado «Un rostro en cada ola». Todos sabíamos que «Un rostro en cada ola» era de Luis Rosales. ¿Quién no conoce «La carta entera» y su primera parte «La almadra»? Pero no se premiaba al maestro. Se premiaba un libro. Y «Un rostro en cada ola» era ese libro de excepción, cuyo voltaje y maestría superaba a todos, ante el que el jurado, unánimemente, no tenía más remedio que rendirse. Y no porque no hubiera trabajado de firme en la atenta y minuciosa lectura calificadora de los 37 libros cribados, tras otra lectura no menos minuciosa de los casi 300 aspirantes al medio millón y la edición del libro en la preciosa colección Rusadir. Es que no había otro mejor. Y en eso estábamos de acuerdo desde el presidente —Antonio Gallego Morell, rector de la Universidad de Granada— hasta quien esto afirma, pasando por los otros tres miembros del jurado: Luis Jiménez Martos, Florencio Martínez Ruiz y Emilio Miró. Un jurado en el que echamos de menos al que hasta ahora había sido miembro muy eficaz y casi imprescindible: nuestro querido Dámaso Santos. No echamos tanto de menos a Guillermo Díaz-Plaja y Leopoldo de Luis, que fueron presidentes en años anteriores, porque los dos también estaban en Melilla, aunque no como jurados. Su presencia allí obedecía a que antes y después del día del fallo se había previsto que pronunciarían sendas conferencias: so-

bre el centenario de Juan Ramón —«Un poema de Juan Ramón Jiménez»— la de Leopoldo de Luis y sobre Melilla y la poesía de Miguel Fernández —«Presencia de la poesía española en Melilla»— la de Guillermo Díaz-Plaja.

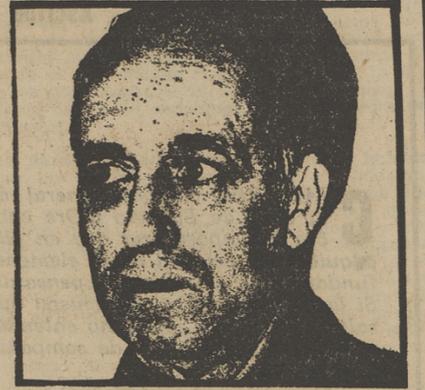
De los 291 originales procedentes de 35 provincias españolas, Ceuta y Melilla y de diez países extranjeros —sólo de Argentina, 59—, con lo que la internacionalidad del premio quedada más que justificada, en julio se realizó una selección previa de esos treinta y siete libros, de los que finalmente se espigaron veinte títulos, sobre los cuales giraron las votaciones. Estos veinte, cuyas listas se distribuyeron entre los comensales que asistían a la gran cena de gala que el generoso Ayuntamiento de Melilla, patrocinador del premio, también organizó, fueron los siguientes: «A ciegas con el tiempo», «Azorado Alcorán», «Desirab», «Ejercicios y tocatas para teclado electrónico», «Un rostro en cada ola», «Las estatuas de sal», «Aguilas aristas», «Los eclipses», «Sabática», «Acontecer del fuego», «Rostro casi paisaje», «Balada a Marcel», «Lugar de reunión», «Amaranto», «Poemas marinos», «Apócrifo del domingo», «Pavana en la resurrección de una doncella», «Tristia», «Los domingos anillados de luto» y «Las cruces sobre el mapa». Ya en la noche del fallo, en votación preliminar para las votaciones definitivas, el jurado se quedó con sólo nueve. Y en esas cinco votaciones últimas fueron sosteniéndose, desde un principio, «Un rostro en cada ola» (cinco votos),



«Los domingos anillados de luto (cinco), «Apócrifo del domingo» (cuatro), «Tristia» (cuatro) y «Azorado Alcorán» (tres), mientras caían «Lugar de reunión» (2), «Acontecer del fuego» (1) y «Balada a Marcel» (1). Los dos primeros mantuvieron sus cinco votos en las dos siguientes votaciones, en las que cayó antes «Azorado Alcorán» que «Apócrifo del domingo». Ya en la penúltima, mientras «Un rostro en cada ola» seguía con sus cinco, «Los domingos anillados...» daba un vuelco, descendiendo a dos, cuando «Tristia» se mantenía con tres. Y en la final, con «Tristia», ya se sabe cómo fue unánimemente proclamado «Un rostro en cada ola».

PERO el jurado, que manifestó en el acta su complacencia por el alto nivel de este concurso —había diez o doce libros que muy bien podrían haber alcanzado el premio si no hubieran tenido que superar a tan fuerte competidor—, decidió recomendar la edición de «Tristia» y «Los domingos anillados de luto», sin orden de preferencia, lo que la Comisión Organizadora del Premio, con la gentil Lourdes Carballa al frente, aceptará sin duda. «Tristia» resultó ser, abierta la plica correspondiente, de Alvaro Montero, seudónimo al que se acogen sus coautores: los poetas granadinos Alvaro Salvador y Luis García Montero. Y la plica de «Los domingos anillados de luto» nos reveló que su autor era el poeta murciano y catedrático de Literatura Salvador García Jiménez, que ya fue acaesit en el último Adonais con «Epica de naufragos», otro gran libro, por cierto. La Colección Rusadir, que editan el Ayuntamiento de Melilla y la Universidad Nacional de Educación a Distancia, organizadora también de este concurso, se verá, pues, enriquecida con tres nuevos títulos antes de un año.

AHORA acaba de publicar el quinto: «La ciudad de las cúpulas», de Antonio Enrique, libro finalista del II Premio Ciudad de Melilla, que en 1980 ganó, aunque por un voto de diferencia, Mariano Rolán con su «Asamblea de máscaras». «La ciudad de las cúpulas» fue presentado y entregado a los comensales en el transcurso de la cena del fallo, pronunciando unas palabras y leyendo algún poema del propio Antonio Enrique momentos antes de que se diera a conocer el acta del jurado y cerrara la velada Antonio Gallego Morell, con el ya tradicional discurso del presidente, y Eugenio Nasarre, subsecretario de Cultura, que se encontraba allí especialmente invitado y decidió también hablar sobre Melilla y su gran premio internacional.



FERRATER MORA

PARA asistir a la presentación de la versión italiana de «Cuatro visiones de la Historia Universal» ha venido a Madrid José Ferrater Mora. Este barcelonés, septuagenario, es uno de los pensadores más lúcidos con que hoy cuenta España. Su Diccionario de Filosofía es una obra monumental sin parangón en lengua castellana, siendo de gran trascendencia sus trabajos sobre la filosofía integracionista. Su dedicación a la filosofía no le ha apartado de los temas españoles que constituyen una constante en el conjunto de su obra. Fruto de esta preocupación son los trabajos sobre Unamuno y Ortega y los ensayos sobre la vida catalana y sobre Cataluña, España y Europa. Ferrater lleva treinta y cinco años viviendo en los Estados Unidos, en Pennsylvania. Profesor del Bryn Mawr College. Hoy está jubilado. «Vendría con mucho gusto a España si me invitaran. No tanto como catedrático, sino como director de un instituto de investigación filosófica». Y el autor de «Del aborto a la violencia» añade: «En principio hablaban de que iban a hacer algo para mí y no lo hicieron». Tras un largo paréntesis de dar la espalda a la cultura no puede, ni debe, el páramo patrio olvidar a Ferrater. O sí. Todo es posible.

Luis DE FRANCISCO

ANGEL MARIA DE LERA

(Viene de la pág. 1 de este Suplemento.)

—En primer término, debo aclarar dos cosas. Nuestra asociación, que agrupa a seiscientos escritores, entre los que se cuentan grandes creadores del país, con el presidente de la Academia, Dámaso Alonso, a la cabeza, ignoraba la existencia de ese anteproyecto de ley, y sólo nos enteramos de su intento de tramitación a través de la Prensa. Por tanto, hay que subrayar que se trata de un proyecto redactado con absoluta ausencia de los escritores y artistas que generan el derecho de propiedad y sobre los que va a actuar la ley. Por otra parte, las objeciones que ahora podemos hacer al proyecto nacen de una primera lectura, y, por tanto, no constituyen un examen a fondo del desastroso marco legal que se quería imponer.

—Según diversos rumores que he podido recoger, este anteproyecto supone un retroceso con respecto al marco de la anterior ley de 1975...

—El anteproyecto es regresivo hasta con respecto a la venerable ley de la Propiedad Intelectual de 1879, en la que intervinieron los escritores e intelectuales más importantes de la época y que supuso un primer avance. La ley del Libro de 1975, que también contó con la intervención de una representación de los escritores, logró nuevas y más justas condiciones. Hace tres años, la Administración solicitó un informe a nuestra asociación, previendo tal vez la nueva ley, pero nuestros criterios han sido totalmente desatendidos. El anteproyecto actual es un auténtico torpedo dirigido contra los principios de la propiedad intelectual y contra los derechos del autor.

—¿Cómo se manifiesta concretamente ese retroceso? Por ejemplo, ¿qué tratamiento reciben los derechos del autor?

—Hasta ahora, los derechos del autor se respetaban hasta ochenta años después de su fallecimiento, y ahora ese plazo se rebaja a cincuenta años, sin compensación alguna a cambio. Hay que tener en cuenta que cualquiera de los dos plazos de prescripción constituye, en realidad, una expropiación forzosa y sin contrapartida, o sea, contraria a lo que rige en otro tipo de propiedades, que, en caso de ser expropiadas, se hacen mediante indemnización. Se trata, por tanto, de un atentado a ese sacrosanto «derecho de propiedad» del mundo capitalista, que se produce, además, contra una producción que ha

sido realizada en solitario, sin más intervención que la del escritor o el artista. De todas formas, el problema no es el plazo: los escritores entendemos y admitimos que nuestra obra, como bien cultural que es, sacrifique el rígido concepto de propiedad en beneficio de la comunidad; pero entonces, que sea efectivamente en beneficio de la comunidad y no de los editores, y lo que nos indigna es que hasta ahora, y desde hoy en adelante, con mayor razón si este anteproyecto entrara en vigor, los herederos de los escritores seguirán siendo los editores. Me explico: según el anteproyecto, a los cincuenta años de la muerte del autor la propiedad intelectual desaparece y la obra literaria se convierte en lo que jurídicamente se llama un «bien mostrenco», es decir, un bien del que se puede apoderar cualquier editor sin compensación ninguna. Nuestra propuesta es que, efectivamente, la propiedad intelectual caduque a los cincuenta años y pase al «dominio público», es decir, que el Estado se subrogue y sea el titular de esos derechos, de manera que el editor pague un canon al Estado y que éste lo utilice para fomento de la cultura; con esos fondos se podrían sufragar, por un lado, bibliotecas y otros instrumentos culturales de primera instancia, y, por otro, se podría crear un fondo de ayuda a los escritores vivos.

—¿Cómo queda el debatido tema del control de tirada en el anteproyecto de ley?

—El control de tirada, que el artículo 22 de la ley del Libro vigente cuando menos reconocía, desaparece del todo. Y hay que tener en cuenta que el asunto había sido ampliamente discutido y acordado por las partes interesadas —escritores y editores— en reuniones sostenidas bajo patrocinio ministerial ya antes de la instauración democrática.

Otro tema polémico del mundo del libro ha sido, desde antiguo, la estipulación de los contratos de edición. ¿En qué situación legal quedarían de entrar en vigor el anteproyecto?

—Mira, en general, el texto que se nos ha entregado posee tantas repeticiones, ambigüedades, errores de técnica jurídica y lamentables fallos de redacción que se convierte en un auténtico laberinto. No creemos que estas irregularidades sean debidas a deficiencias culturales de sus redactores; pensamos, más bien, que son intencionadas con el fin de crear posibilidades de que el autor salga perjudicado. Por ejemplo, dice el texto que el contrato de edición será considerado en régimen de exclusiva si no se hace constar lo contrario; pero es un principio admitido del derecho, que todos los contratos deben ser interpretados restrictivamente, es decir, que la redacción correcta debería decir algo así como que en los contratos de edición no se entendería nun-



ca la cesión de derechos en exclusiva, salvo que se hiciera constar de una manera explícita.

En cuanto a la duración del contrato —que

debería tener un final, pues, de lo contrario, se trataría, más que de un contrato de edición, de un contrato de venta de la propiedad intelectual— el texto legal resulta un galimatías que se presta a cuantas interpretaciones se quieran. El contrato-tipo, que nosotros propugnábamos, ni se menciona. Tampoco se definen las diversas posibilidades contractuales que debían de regir formas distintas de publicación: deberían estipularse las diferencias entre las ediciones normales, las de bolsillo, las de círculos de lectores, las de colecciones populares, las de obras resumidas...; debían marcarse los derechos del autor en caso de versiones teatrales, cinematográficas o televisivas... Son este conjunto de posibilidades las que, sumadas, componen los «derechos del autor», y cada una debería ser contratada y estipulada por separado en las condiciones que acuerden las dos partes. No se puede meter todo en un mismo saco, pero eso es lo que hace el anteproyecto de ley.

—¿Qué acciones tiene previstas la Asociación Colegial de Escritores, para el caso de que el anteproyecto no sea anulado o sustituido?

—Vamos a agotar los recursos legales que están a nuestro alcance. Recurrirémos a donde haga falta para recabar el buen sentido del Gobierno y de los Partidos Parlamentarios. Naturalmente, emprenderemos una campaña en los medios de comunicación para crear un estado de opinión. Y si fuera necesario, en último extremo, apelaremos a la solidaridad de los escritores e intelectuales del país y nos lanzaremos a la calle con nuestras pancartas para protestar públicamente del desafuero que se quiere cometer en contra de los creadores y artistas españoles. Recurrirémos al Tribunal de Garantías Constitucionales si hace falta y, en general, apuraremos las posibilidades para conseguir que, como normalmente ocurre cuando se legisla en otras áreas de actividad, las partes interesadas intervengan activamente.

—El próximo mes de noviembre, la Asociación Colegial de Escritores, que presides, celebra su II Congreso Nacional. Supongo que en las reuniones se debatirá el tema...

—Si hace falta, sin duda ninguna. El congreso se celebrará del doce al quince de noviembre en Sigüenza, bajo la presidencia de honor de Sus Majestades los Reyes. Pero espero que para esas fechas las negociaciones para redactar un nuevo anteproyecto se hayan iniciado. Confío en que las numerosas declaraciones gubernamentales que han manifestado el deseo de trabajar por el enriquecimiento cultural del país se vean ratificadas, impidiendo que se perpetre el atentado contra los creadores del país, que supondría la puesta en vigor del anteproyecto de ley de la propiedad intelectual que hemos comentado.



EL JUEGO INFINITO DE LAS SEMEJANZAS

El pensamiento de Foucault ante Magritte y el arte de novelar en Caballero Bonald



A poca distancia de su aparición, en 1966, nos dio Seix Barral la traducción de «Las palabras y las cosas», el libro fundamental del pensamiento de Michel Foucault; prolongando la meditación de aquellas páginas, apareció, en 1973, el ensayo sobre Magritte del mismo autor, titulado «Esto no es una pipa», que publica ahora mismo Anagrama. En ambos estudios, el filósofo francés se esfuerza en restablecer o idear un orden del universo, salvándole del caos de lo diferente, donde de todas las cosas son unas diferentes de otras, y del caos de lo semejante, donde cada cosa es igual a la otra. Sólo el loco y el poeta saben hallar la similitud perdida. El primero, por sus salvajes intuiciones. El segundo, «más allá de las diferencias nombradas, citadas y cotidianamente previstas, recupera los fugaces parentescos de las cosas, sus similitudes dispersas».



AS «correspondencias», diríamos, que cantaba Baudelaire: «La Naturaleza es un templo de vivientes pilares del que salen a veces palabras confusas...» Pero ese orden que configura la representación mediante la pintura, la poesía, el caligrama se ha de convertir en un objeto que indefinidamente nos irá remitiendo a sí mismo. «Esto no es una pipa» — escribe Magritte debajo de la representación gráfica de una pipa en un cuadro enmarcado que está debajo de la reproducción de otra pipa idéntica no enmarcada que puede representar más directamente al modelo—. El «juego infinito de las semejanzas» podría repetirse indefinidamente y sin salida. La pintura de Magritte, sin embargo, es de lo menos abstracta, en apariencia el menos, que puede darse. Trabaja con elementos formales del más depurado y arquetipizado realismo que, eso sí, organiza y desorganiza a su gusto. «Pintar —concluye Foucault ante diversos cuadros de Magritte— no es afirmar». ¿Lo es escribir? ¿Lo es novelar?

CREO que muy en coincidencia con esta idea, con esta meditación de Michel Foucault sobre las cosas, sobre las palabras y el arte, está escrita la última, la tercera novela de José Manuel Caballero Bonald «Toda la noche oyeron pasar pájaros» (Planeta), que ha recibido el premio Ateneo de Sevilla. Fue, sin duda, una alegre señal de tierra cercana que, durante aquella noche del 9 de octubre de 1992, Colón y sus acompañantes oyeron pasar pájaros junto a las carabelas. Hoy aquellos pájaros en el espacio del relato colombino son una ambigüedad poética, imagen, símbolo, emblema del ansia, del sueño, del tumulto de expectativas sin figura previsor en la mente de los navegantes, visperas del grito de Rodrigo de Triana. Los pájaros que suenan en distintos momentos de la novela de Caballero Bonald carecen ya de signo tempestivo, sin que nada nos lleve a indagarle, aunque podamos sospechar que se halle en la ecología del coto de Doñana y constituya por ello, aunque inverificadamente, una relación de esta novela con la anterior, «Agata ojo de gato», cuya historia se desarrolla en esos pagos, siéndolo también del origen, plenitud y decadencia de una familia en cercanos territorios que en la nueva novela leemos. Tan exóticos estos pájaros como lo serían los colombinos. Tan irreales casi. Tan en el sueño. Así la historia y la manera de contarla

de «Toda la noche oyeron pasar pájaros». Hablaba Torrente en la presentación de este libro, de su tradicionalidad y de una prosa más al servicio de lo novelesco que de su propia validez poética. Quizá eso sea verdad si aceptamos el engaño o subrayamos el desengaño de la pipa Foucault-Magritte. Hay sabores costumbristas del entorno andaluz, referentes histórico temporales —aunque distanciados, periféricos y como sorprendivos de la guerra civil— y si eso tenemos por tradicionalidad, trabajo de perfiles y mundos marineros, incrustación de forasteros en otra sociedad, descripción de reacciones y conductas a la manera de los psicólogos o los behaviorismos de Conrad o Baroja, si la elección del cauce faulkneriano le permitió mejor la exhibición metafórica lírica en «Agata ojo de gato», más vanguardismo si se quiere.

PERO «esto no es una pipa», aunque el cuadro se acercara —que no se acerca demasiado— a su representación más cabal. La historia del viejo Leiston, su difusa vida y su misteriosa muerte, tiene de novelesca, en el sentido tradicional, todo lo que nosotros podamos o queramos poner complementariamente a los datos tan sugestivos como apagados que el texto nos ofrece. Y así, la de todos los personajes y sus relaciones entre sí y la contextualización que los ensambla —y los tritura— en el relato. Si ya cuando Caballero Bonald escribía desde lo más central, y por su mano más representativo y logrado del realismo social en «Dos días de septiembre», su primera novela, escapaba por riqueza y abundancia verbal, por energía lírica de las limitaciones codificadas de aquel realismo, podemos ver ahora cómo la madurez de arte, el control más profundo de sus motores expresivos, conciencia del género y de la propia literatura, nos dan un libro realista y fantasmagórico a la vez, tan lleno, tan concrecional de espacios y personajes en la ficción como evanescente, ambiguo

y arrebatado por la irrealidad de esos pájaros de la noche o de cualquiera otra hora. El primer comentarista que he leído, Andrés Amorós, que sitúa a Caballero Bonald al lado, influido de prosadores —los estilistas, que se decía antes— como Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez, ha sabido detectar y sacar unos cuantos ejemplos muy representativos en la novela de la indeterminación, inseguridad, posible versión distinta de los hechos, según la recreación de la memoria y de las variaciones que puede experimentar la contemplación del personaje. Adjetivaciones imprevistas, imágenes alucinógenas, expresionismos exacerbados o delicados, vaporosos impresionismos, parecen querer borrar, más que afirmar, la verosimilitud, que, por otro lado, tanto pormenor ambiental e incluso histórico-temporal a veces parece proclamar.

ESTAMOS, pues, ante una novela que cuestiona y afirma a la vez el género en un contenido, velado, alarde de recursos y de audacias, que hacen suponer una muy meditada y muy cultivada elaboración. Creo que su novedad se sustenta en la perfección de los trasuntos andaluces —como lo eran ya en «Dos días de septiembre»— y en la transmisión de unas fatídicas frustraciones de la convivencia humana —queda el modelo faulkneriano—, eludiendo en lo primero el idilio costumbrista, y en lo segundo, la pretensión, antes al contrario, de la «tranche de vie». Flotación, elevación poética, ambigüedad e insinuación y requitado arte de sugerir, suscitar en nuestra imaginación llamada a colaborar, en nuestro pensamiento y tal vez en nuestra conciencia ética. Pero siempre, antes que nada, y remitida a su propia miseria artística como creación poética novelesca. Muy bien puede ocurrir que esa tradicionalidad a que se refería Torrente como característica de la prosa y el desarrollo de esta novela se funde en que su autor ha descubierto que en las mejores novelas de esa tradición está, consciente o inconscientemente, el glorioso fracaso de la representación, del «esto no es una pipa» foucault-magrittiano, que es el arte. La novela, según nos viene a demostrar con su nuevo regalo prosístico Caballero Bonald, no es una parodia de la realidad, sino una creación de un medio pretendiente aprehensor de aquélla, que vuelve sobre sí mismo y en sí mismo consiste, contando ya con la realidad, con la experiencia de ella, igual que con la historia del género que incita y suscita y promueve el afán de escribirlas.



UN VASCO EN AFRICA

Escribe J. Antonio UGALDE

«MAS ALLA DEL FINAL DE LAGOS», DE RAFAEL AGUIRRE

A escritura periférica, la de los cuatro puntos cardinales autonómicos del país, sigue aún condenada a escalar un durísimo macizo central, antes de hallar el eco adecuado. Me refiero, claro, a la literatura que, en Levante, Galicia, Euskadi, Asturias, Aragón, etc. (los casos de Cataluña y Andalucía son distintos) se escriben en castellano, pues en el caso de obras en lenguas autóctonas la canción sería bastante más triste todavía. El caso es que esta dolorosa situación de aislamiento de escasa comunicación entre los autores periféricos y los grandes centros de edición y promoción literaria de Madrid y Barcelona es una de las causas de que la obra considerable de Rafael Aguirre (San Sebastián, 1937) —que consta de diversos trabajos etnográficos en torno a las costumbres vascas, varios libros de viajes, tres novelas y algún volumen de cuentos— sea prácticamente desconocida fuera del ámbito vasco.

RECIENTEMENTE, Rafael Aguirre ha publicado una nueva novela, «Mas allá del final de Lagos» (1), con cuyo comentario quisiera paliar, siquiera en parte mínima, la citada limitación. Si no recuerdo mal, Rafael Aguirre ganó el concurso de cuentos Ciudad de San Sebastián en 1962. Afiló, así, su pluma en la piedra de un cierto «realismo social» que, por entonces, y bajo la influencia de Luis Martín Santos y de la plana mayor de los escritores realistas de la época, dominaba el panorama literario vasco. Aguirre, viajero por vocación y también por profesión, evolucionó, luego, hacia un tipo de descripción de culturas y ciudades distantes —Irlanda, New York, Guatemala, Japón...—, a medio camino entre el reportaje periodístico y la penetración en las respectivas



idiosincrasias nacionales de los pueblos recorridos. Todo ello, sin abandonar nunca el punto de vista del análisis social e incluso político de las situaciones en que sus viajes le metieron.

MAS allá del final de Lagos» revela estos antecedentes, y en demasiadas ocasiones se resiente de un lastre excesivamente sociológico e informativo; pero, en definitiva, el libro supera estas insuficiencias para incluirse en un tipo de novelística que tiene en el «misterio africano» y en el encuentro del civilizado occidental con las gentes de un continente, convertido en «Tercer Mundo», su centro neurálgico. En este caso, el protagonista europeo —que llega a una Nigeria sacudida por los resacaos de las guerras tribales de Biafra, por el ascenso de una corrupta burguesía nacional, por la sequía, la miseria y el caótico crecimiento urbano, y por la franca decadencia de las viejas estructuras mentales y comunitarias del mundo negro— es un vasco, un introvertido, curioso, e ideológicamente dubitativo Miguel Yarza, inundado de contradicciones.

ENCARGADO de ampliar mercados en Nigeria por su empresa, una fábrica de cementos, la realidad africana despertará en Miguel Yarza la conciencia de su crítica situación existencial: las irresueltas encrucijadas de su vida familiar, de su desencanto ideológico y político, irán emergiendo a la vez que la comprensión de su inaceptable papel en el centro de las intrigas comerciales y diplomáticas nigerianas. Una larga excursión por las estériles tierras del norte del país, parte central de la narración, hará aflorar un mosaico de retratos e his-

torias de los personajes y de las costumbres nigerianas: tradiciones, medicinas y ritos ancestrales que, en vías de extinción, son como el negativo absurdo de un mundo que tuvo sentido y que se ha vuelto insensato y miserable, de manera simétrica al de la capital, Lagos; es decir, al del corazón del babélico impulso progresista del país. Además la sombra de otro vasco, la del histórico y sangriento rebelde Lope de Aguirre, planea sobre Miguel Yarza, quien durante su itinerario lee las páginas de aquella «aventura equinoccial» y ve dibujarse una personalidad mítica en su decisión y audacia, fanática de su propia voluntad; es decir, una especie de reverso de su propio y debilitado carácter.

HAY que señalar, sin embargo, que todo lo citado se halla en un estado larvario y mágico en la novela y que ésta vale más por cuanto apunta y sugiere que por cuanto logra. Al protagonista le faltan puntos de anclaje psicológico y al libro, en general, una estructura más precisa y una cierta depuración de sus vertientes menos literarias y más excesivamente periodísticas. Sin embargo, la riqueza del lenguaje —sugere para captar la variedad inmensa de matices de los escenarios que Miguel Yarza cruza en su itinerario y para expresar los latidos de la extrañeza que tal mundo provoca en el viajero protagonista— eleva en buena medida el valor del libro y, lo que es más importante, anuncia las enormes posibilidades de Rafael Aguirre a poco que mejore la estructuración de su próxima novela.

(1) Editada por Hordago.

Escribe

Leopoldo AZANCOT



Escribe PLACIDO

LUIS G.

BERLANGA

A PROVECHANDO que lo sustancial de la programación de la Filmoteca de la próxima semana sigue siendo William Wyler, del cual hablamos extensamente el otro día, vamos a acercarnos a la figura humana de Berlanga, director de cine y presidente de la Filmoteca Nacional, aunque hay que advertir que cuando se intenta ser objetivo con un buen amigo al final pasan una de dos cosas: o que se pierde el amigo o que se es subjetivo. Y, en ocasiones, las dos cosas a la vez. Pero con Berlanga no.

A veces se disfruta de ingenuo haciéndose el inocente. A veces se disfruta de pícaro guiando los ojos para evitar que se derrame por ellos su malicia burlona. En algunos momentos ejerce de divo; en otros, aparece sumiso y humilde como avergonzándose de su mucha luz propia. Cuando habla en público lo hace como si se dirigiera a un amigo en el salón de su casa, mientras que en privado hay ocasiones en las que le gusta exponer ideas geniales con la vehemencia de quien se dirige a todos los seres humanos. Saca el genio sólo una vez al mes, y cuando lo hace es porque llevan veintinueve días pinchándole para que lo saque. Sabe que es valenciano y presume de ello en Manhattan o en Segovia, pero cuando se le inquiera más profundamente siempre aparece un origen remoto en Teruel y un amor apasionado por la ciudad de San Francisco. Y por el marqués de Sade, claro.

CUANDO le llaman fascista se irrita en privado y lo trivializa en público. Cuando le llaman comunista se enorgullece en público y lo desmiente en privado. El dice que no es de izquierdas ni de derechas; dice que tampoco es libertario: que es libertino. Es, en resumen, Berlanga.

LUIS García-Berlanga Martí, dice su carnet de identidad. El siempre firma Luis G. Berlanga o Berlanga a secas. ¿Para qué más? Pero su apellido es compuesto. Se lo debe a su padre o, más lejos aún, a los asesinos de su abuelo. Porque su abuelo, el auténtico García-Berlanga, fue envenenado durante una campaña electoral allá a principios de siglo. Para aprovechar el candidato, y el prestigio político del nombre familiar, al padre de Luis le unieron el apellido y le presentaron en la circunscripción electoral. E hizo carrera política larga y densa, hasta que al finalizar la guerra civil fue encarcelado.

EL hijo, sin embargo, no salió político de partido, pero probablemente sea más político que su propio padre. Le dio por el cine y por la cultura. Y es maestro en su oficio. Participa a diario en una esforzada lucha por la cultura, la recuperación de todos los patrimonios histórico-artísticos habidos y por haber, y por la libertad de expresión a todos los niveles. En el cine es, sin duda, el más importante director español de la historia.

TIENE fama de millonario, tiene fama de pillito, tiene fama de roñoso. Pero ni es muy millonario, ni muy pillito, ni nada roñoso. Es, eso sí, un hombre al que le gusta vivir lo mejor posible, fundir

con la mirada a una adolescente y usar los zapatos más cómodos que tenga, aunque no sean nuevos.

EN la Filmoteca procura siempre ejercer el difícil papel de inventor. Inventa ideas y las pretende llevar todas a la práctica. Aunque sea pura utopía. Impulsa la investigación y la recuperación, trata de mimar el archivo y pelea siempre por un poco más de dinero para la Filmoteca. Y él no cobra, porque su cargo es honorífico.

Al final de una de sus jornadas de trabajo he charlado con él un rato:

—¿Qué es lo mejor y lo peor que tiene la Filmoteca ahora mismo?

—Lo mejor, sin duda, es el archivo, es decir, las películas que se conservan. Sin ellas no habría Filmoteca. Lo peor, como siempre, su dotación presupuestaria. Falta dinero, mucho dinero.

—¿Cuál es tu máxima aspiración para la Filmoteca?

—La recuperación de todo, todo el patrimonio cinematográfico español. Y subraya lo de «todo» porque eso es exactamente lo que quiero decir. Mudo, sonoro, documentales, restos... todo.

—¿Quiénes son los actores y actrices españoles que más te gustan?

—Mis genéricos, por supuesto.

—¿Y tu director preferido?

—No me gusta jerarquizar, pero he dicho ya algunas veces que algunos fragmentos de Fellini me parecen magistrales.

—¿Cuál es tu sueño cinematográfico?

—Filmar mi jubilación.

—¿Y tu aspiración en la vida?

—Sobrevivir.



ES «La sonrisa del ignoto marinero», de Vincenzo Consolo (recientemente publicada en España por Ediciones Alfaguara), una respuesta polémica, a veinte años de distancia, a un libro, «El gatopardo», cuya aparición supuso —y en buena parte, determinó— el fin del neorealismo en literatura y el abandono por la mayoría de los escritores italianos de los principios del «compromiso». Todo permite suponerlo. En efecto, ambos libros gran en torno al impacto del Risorgimento en Sicilia y denuncian de consuno la insustancialidad última del acontecimiento fundacional de la Italia moderna, mostrando la pervivencia de las antiguas estructuras de opresión bajo las apariencias de lo nuevo: el Poder cambió de manos —en adelante, otra clase lo detentaría—, pero sin ver por ello alterada su esencia. Las diferencias, en cambio, entre una y otra novela no pueden ser más decisivas por lo que respecta a la interpretación que uno y otro autor dan de este hecho: mientras que Lampedusa ve en ello una manifestación del carácter necesario de esas estructuras de dominación, triste consecuencia a su vez de nuestra condición caída. Consolo considera que el fenómeno no podía ser evitado, dadas las condiciones objetivas de la época, pero que hubiera podido desbloquearse de adoptar ante él los intelectuales del momento la postura justa: mostrar que la unificación de Italia sólo era un momento dialéctico de un proceso histórico cuyo final se encuentra en el triunfo absoluto de la justicia civil, y denunciar la impostura de que los intereses de aquellos que habían triunfado con el derrocamiento de los Borbones eran idénticos a los de las clases sojuzgadas.

EDITACION sobre el intelectual y su misión en la vida, sobre las limitaciones que la pertenencia de éste a las clases en el Poder, y la misma cultura establecida, imponen al ejercicio de la misma. «La sonrisa del ignoto marinero» se diferencia de otros libros de intencionalidad semejante por el hecho de que en esta novela dicha meditación se realiza por vía estrictamente narrativa —lo conceptual sólo interviene para jalonar el camino de la misma, nunca con la finalidad de simplificar la complejidad de lo real—, y de que Consolo ha sabido encontrar en todo momento el correlato formal más idóneo y clarificador de las ideas subyacentes a su obra. Unos ejemplos nos ayudarán a entender lo que digo.

EL arte, el arte verdadero, es fruto de un delicado equilibrio entre lo subjetivo y lo objetivo; entre lo que está ahí, en bruto, y las formas virtuales que pueden transfigurarlo; entre imaginación y observación. La ruptura de la relación dialéctica que enfrenta estas dos series de fuerzas antagónicas en presencia acarrea siempre consecuencias deplorables: la obra resultante pecará o por carencia de metamorfosis en todo o en parte del material sometido a la acción de la misma, de un lado, o por un exceso de formalización, de otro, que acarreará o bien la inadecuación del fondo y la forma o bien la ocultación total o parcial del primero por la segunda. Generalmente, cuando en un período histórico dado se incurre en uno de estos errores estéticos, en el inmediato posterior triunfa, a modo de compensación, el contrario, como lo prueba la evolución de la novela española última —que del «contenutismo» socialrealista ha pasado a un formalismo pseudovanguardista—, y como lo probó la novela francesa finisecular, primero naturalista y luego decadente y esteticista, revisitando, por ello, un marcado interés aquellas obras en que un tal proceso de contrapuesta y errónea radicalización comienza a romperse.

Una de esas obras es *Corazón doble*, primera de las de Marcel Schwob (publicada entre nosotros por Montesinos Editor), cuyo análisis, aun somero, ayuda a la comprensión tanto de lo viejo que niega como de lo nuevo que afirma, y de algunos de los modos de superar una disyuntiva que no tiene por qué ser tal.

LOS cuentos que integran *Corazón doble* nacieron de la voluntad de dar una respuesta personal al reto que plantea la existencia, en dos sentidos: conferir significación a ésta y afirmar frente a ella la irreductibilidad del yo del escritor. Algo, sin embargo, estorbó la realización correcta de dicho proyecto. Y fue que Schwob creyó que el mismo sólo podía actualizarse en el plano, desligado de toda contingencia, de lo literario puro —es decir, en el de la subje-

LITERATURA Y COMPROMISO
EL ANTIGATOPARDO

PARA hacer ver la alienación de que era presa el pueblo bajo siciliano durante los años 50 y 60 del pasado siglo, Consolo sustituye el fluir de la narración por largas enumeraciones descriptivas, desjerarquizadas, que producen en el lector la sensación de que los objetos, los elementos del mundo, dominan sobre lo humano; de que los hombres y las mujeres que integran ese pueblo oprimido viven fuera del tiempo, de la Historia, en un presente mítico del que sólo aciertan a liberarse mediante fugaces vislumbres de un pasado muy remoto —evocación de Federico II de Suabia, deslumbramiento ante las cuatro estatuas romanas que transporta una barcaza, en el primer capítulo de la novela—, o por intermedio del dolor y de la muerte.

MAYORMENTE complejo, por otra parte, es el tratamiento formal a que Consolo somete al protagonista del libro, Enrico Pirajno, barón de Mandralisca, arquetipo del intelectual progresista de la época. A fin de poner al descubierto las contradicciones a que está sometido sin saberlo, nos lo muestra unas veces inmerso en el mismo presente sin futuro de las clases bajas, y otras, sujeto de acciones, de diálogos, que lo abocan hacia el futuro. Dicho futuro, sin embargo, es de corto aliento, y enseguida se encuentra sepultado bajo el peso de las enumeraciones caóticas antedi-



LO VIEJO Y LO NUEVO
SCHWOB

tividad sin limitaciones—, con lo que se cerró el camino a ese diálogo entre lo propio y lo ajeno, que es el único a lo largo del cual lo subjetivo puede acceder al superior status de la objetividad. ¿Superior, digo? Sí, en cuanto que la subjetividad no objetivizada es, paradójicamente, multitudinaria y mostrenca, común, como se comprueba al leer estos relatos, en los cuales se encuentran todos los tics de una época, todas las manías y las fobias de una clase social —la pequeña burguesía francesa—, que por fin se siente justificada culturalmente, las compartidas ensañaciones de una bohemia en la que esa clase delegara la realización a nivel individual de lo que le estaba vedado en cuanto grupo: refinamientos ridículos; idealismo de pacotilla contrapesado por un materialismo grosero; abdicación de cualquier derecho frente a la realidad, que enmascara el deseo de anexionar a ésta los reinos ajenos del arte, hasta entonces privativos de otros estamentos; voluntad de poder de cara a lo estético, que adopta la falsa apariencia de una renuncia a la vida cotidiana y a la lucha por ésta.

SCHWOB, sin embargo, aun asumiendo en el plano de lo consciente ese baratillo deplorable, acierta a trascenderlo en buena medida gracias a su condición de artista auténtico, gracias a la potencia que en él posee lo inconsciente, a la irrupción a su través de las fuerzas indomables de lo imaginario. Literalmente guiado por lo que lo supera, acierta, así, a entroncar con la literatura oral, entre cuyas virtudes se cuenta la de vivificar aún materias ya en descomposición; atraído vertiginosamente por el pasado, encuentra en éste un modo de acceder a lo esencial perenne que repele toda trivialización y unos modos estilísticos que le permiten distanciarse de los degradados finiseculares; el humor, en fin, le muestra —al permitirle desdoblarse en una conciencia que se reifica y en otra que se burla de dicha reificación— el modo de negarse para ser más fiel a ese proyecto de sí que constituía, sin él saberlo, su razón de existir.

Escribe Serafín SENOSIAIN

Escribe César Antonio MOLINA



BATAILLE

EN el prólogo a «Madame Edwarda» * desfallezco porque me pierdo. Parece que me falta el aire, agarro con fuerza las páginas que parece van a arder o volar o caer. Me interrumpo, dejo el papel, hablo con cualquiera. Y me pierdo, no porque allí me pierda, mas porque me encuentro, me veo transparentado, reflejado en la tinta negra de las letras como si devinieran un cristal negro. Allí me hallo, como otras veces en Bataille, en un vertiginoso huir doble, de partir con un cuchillo lo que era uno y a través de un impulso absurdo —insensato, escribiría el bibliotecario— hacer que lo partido se mire, se traspase, huya de sí mismo hasta la parte opuesta y desaparezca. Cuando encuentra una palabra que le habla en silencio

con el éxtasis herido, que se desvela en el placer y el dolor y más aún en el movimiento que nace de sí y que absorbe al goce y la muerte, en el éxtasis solo. Lo intenso es acunado en el temblor. Borges escribe que la diferencia entre prosa y poesía es una cuestión de intensidad. Creo que no le falta razón —que la poesía más alta es la más intensa, como el kaiku, donde la brevedad codicia el temblor— y creo también que el abismo entre profano y sagrado se abre en un hilo hacia lo más intenso. El centro de lo sagrado es el éxtasis y allí lo intenso explota, alcanza al goce y a la muerte. Ese «placer extremo» y ese «dolor extremo» son dos agujas que van a clavarse, que se clavan. Ahí nace el soplo, la herida, el eje que toda poesía debiera alcanzar



al ápice del alma vacila, teme, se encoge. Como si se le hubiera robado lo que ilusamente creía poseer, cuando más bien era por ello poseído, o se sintiese raptado, o vaciado hasta hacer del corazón un desierto. Teme el alma excitada, desearía interrumpir la lectura al tiempo que acelerarla hasta tragarla, y teme porque desea los dos polos del imán. Apartarse de la palabra que ya conoce, porque desde el primer segundo sabe que es la palabra que le destila el corazón, sólo e imaginario soporte en el que asentar los días, y entrar a saco y rasgarla, hacerla añicos para devorarla, y que entre así a través de los tejidos en la sangre. Palpita en Bataille la identidad última de placer y dolor, de sexo y muerte, intuida en un momento de aquellos que al hombre «le hieren y le anulan en lo más íntimo». Y gracias a esa zarza, el goce y la muerte se adentran en «un dominio sagrado que emana de la religión». Lo sagrado de la intensidad; cuando goce y muerte hieren, se consagran. La religión en su mayor altura u hondura, en el más profundo centro que la mística penetra, trata sólo con lo herido,

para dar a su alrededor vueltas como el asno en la noria. Acaba así Bataille su prólogo: «El ser abierto sin reserva —a la muerte, al suplicio, al júbilo—, el ser abierto y muriente, doloroso y dichoso, aparece ya en su velada luz: esta luz es divina. Y el grito que este ser profiere, con la boca torcida quizás, es un inmenso alleluya, perdido en el silencio sin fin.» Baño de lo unificado en lo intenso, de lo intenso en la luz, de la luz en un silencio oscuro. No sólo en la luz me absorbe Bataille, absorbiendo mi luz, también en la noche me dejo caer por su precipicio y mi noche persigue a la suya. El desesperar; la sorda tiniebla; la nieve sin fin —en un ensayo sobre Bataille escribe Juan García Ponce acerca del «ciego deseo cuyo camino sin fin termina en la muerte sin fin»—. Cuando con «Madame Edwarda» se pierde el narrador bajo el cielo hueco, algo vibra olvidado de la luz y del éxtasis para sólo entrar en el dolor. Este dolor que busca el goce con los ojos rojos.

* G. Bataille: «Madame Edwarda». Barcelona, 1981.

COMO EL PADRE QUIXOTE FUE HECHO MONSEÑOR

ULTIMO LIBRO DE GRAHAM GREENE SOBRE ESPAÑA *

A UN recordamos su reciente estancia en la capital española invitado oficialmente por el alcalde, profesor Tierno Galván. En una larga entrevista que mantuve con él por aquel entonces me relató una de sus peregrinaciones más sentimentales, aquella que hizo a La Coruña para ver la tumba de uno de sus ancestros, el general inglés sir John Moore, herido mortalmente en la batalla de Elviña en el año 1809, cuando su ejército era perseguido por las tropas napoleónicas de Soult. Sus restos reposan en el bellissimo jardín romántico de San Carlos, en el casco de la ciudad vieja, junto al mar, rodeados de lápidas conmemorativas, una de las cuales reproduce un largo poema de Rosalía de Castro en alabanza del lugar-panteón.

COMO resultado de estos viajes, Graham Greene ha comenzado a escribir una novela ambientada en nuestro país. Obra que se va redactando lentamente, pues se encuentra al margen de su habitual producción. Hace unos meses apareció editado en Los Angeles (USA) por los judíos norteamericanos de origen griego, Sylvester y Orphanos, un capítulo de este libro en proyecto. Cómo el padre Quixote fue hecho Monseñor. Esta publicación consta tan sólo de unos trescientos ejemplares numerados. La edición es de un gran lujo e imita la letra de un códice medieval. La obra tiene un extraordinario interés para el lector español que, por lo de ahora, difícilmente tendrá acceso a ella. Greene crea y recrea a su modo muy particular, los personajes cumbres de nuestra literatura. Pero es que además, en el prólogo, habla por primera vez de sus viajes anuales por España. Leyendo esta no demasiado larga entrega, puede apreciarse cómo el novelista católico inglés trabaja en algo distinto a lo que nos tiene acostumbrados. Toda la edición lleva esta inscripción: «Dedicado al padre Durán, a través de quien llegué a conocer la villa del Toboso, con afecto». El prefacio está repleto de reflexiones e ironía. En él se habla de los viajes o peregrinaciones por nuestra Península camino de Galicia. Greene afirma que la idea de este libro le vino a su mente ante la tumba de Unamuno, «aunque a eso no se puede llamar tumba»; pero también sospecha que el cargamento de vino gallego, sin etiqueta, que él y su amigo llevan siempre con ellos en el coche, pudo tener buena culpa en el origen y nacimiento de este libro sobre un tema tan español. Dada la brevedad de este prólogo y su interés tanto literario como anecdótico quiero reproducirlo aquí.

ESTE es el primer capítulo de una novela que estoy casi seguro de que nunca será terminada. ¿aunque puedo estarlo totalmente? A veces pienso que éste no es un mal comienzo y me siento con fuerzas para proseguir. Quizá un día, cuando toda mi obra me haya defraudado, entonces me sienta un poco como Monseñor Quixote, a punto de abandonar El Toboso camino de aventuras desconocidas. Cuando la idea vino a mi mente durante mi primer peregrinaje anual por España en un pequeño Fiat-5, conducido por un amigo de mi amigo y compañero padre Leopoldo Durán, sentí confianza en el futuro del libro, una confianza que provenía en parte del cargamento de puro vino gallego sin etiqueta que llevamos siempre con nosotros. No tuve, de hecho, coraje para comenzar el libro hasta después de nuestro segundo peregrinaje, y al término del tercero, este capítulo estaba terminado.

CADA año tomamos la misma ruta hacia Galicia, la tierra natal del padre Durán. Pasamos por Salaman-

Un verano más, Graham Geene ha pasado unas largas semanas viajando por nuestra geografía. Le acompañó uno de los más importantes especialistas en la obra narrativa del escritor inglés, Leopoldo Durán. Galicia fue nuevamente el centro culminante de esta estancia. Concretamente un pueblo de la provincia de Orense, de donde es natural su habitual acompañante español. Los habitantes de esta pequeña localidad guardan celosamente el paso incógnito del autor de «El factor humano». Greene llegó a España por vez primera cuando tenía dieciséis años de edad, iba camino de Portugal. Desde entonces, sus viajes a nuestro país se han ido sucediendo con bastante frecuencia, y en los últimos años se incrementaron.

ca, en donde visitamos el nicho número... —no podría llamarle tumba— de Unamuno (su gran comentarista, Nuestro Señor Don Quixote, me acompaña siempre en mi maleta para leerlo por la noche). Delante de aquel nicho, número trescientos y algo, Monseñor Quixote vino al mundo, desde entonces pensaba en él cuando nos parábamos en un campo para beber un vaso o dos de nuestra carga antes de la comida, o en un frío desfiladero en la tarde mientras descorchábamos mi whisky. El ex alcalde comunista de El Toboso iba a ser el compañero de Monseñor Quixote y el crítico cínico de sus viejos libros de teología, porque fue a estas anticuadas obras a las que permaneció fiel más que a los de caballería que llevaron a su antepasado a sus disparatadas aventuras. Por ejemplo, cuando experimentó (como yo mismo) las llamas del infierno en un monasterio de Badajoz, debido a que Sancho, accidentalmente, dio a la calefacción central una noche cuando la temperatura había alcanzado ya los 100 grados.

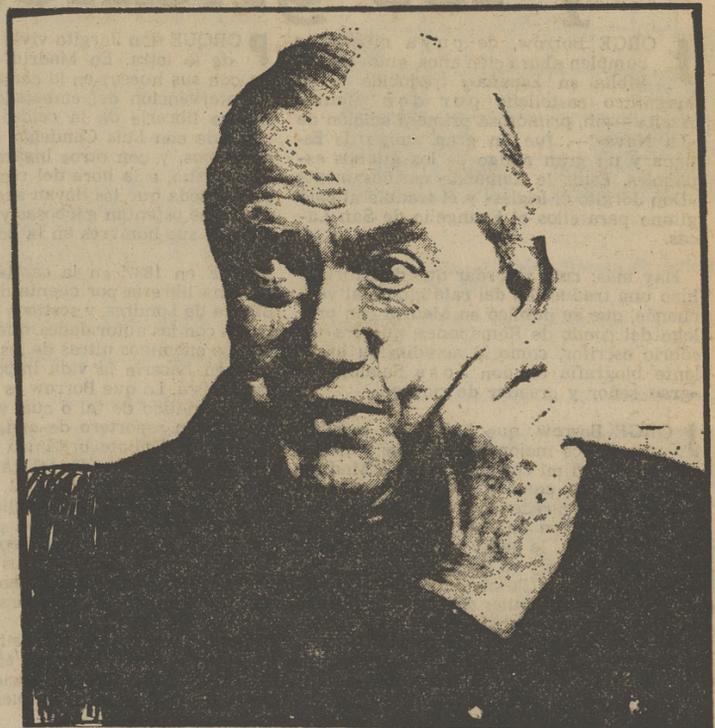
AHORA, cuando escribo este prólogo, Julio se acerca. La caja de vino gallego será pronto cargada en nuestro coche y durante este peregrinaje es posible que otra aventura fuerce a mi renuente mano a continuar como San Francisco de Sa-

les, uno de los teólogos favoritos de Monseñor Quixote, que escribió: «Nosotros no podemos sacar conclusiones de ayer para hoy ni de hoy para ayer, y mucho menos para mañana». Debe admitirse que el mismo santo fue responsable de ciertos errores en encias naturales que pudieron haber producido en Don Quixote una cierta precipitación en el curso de sus viajes, «nada apacigua a un airado elefante tanto como la vista de un pequeño cordero, y nada rompe la fuerza de las balas de un cañón tan bien como la lana.»

EN resumen, el argumento de este capítulo de esa posible y futura obra de Graham Greene, es más o menos el siguiente. El padre Quixote (que no hay que identificarle con su amigo gallego) es un sencillo párroco de El Toboso. Siempre fue tratado duramente por su obispo. Un día, cuando sale de su casa a buscar un garrañón de vino auxilia al ocupante de un vehículo averiado, que resulta ser un diplomático del Vaticano. Este, cuando regresa a Roma hace que aquel cura de aldea sea nombrado monseñor, provocando las iras de su obispo. Ante esta reacción de su superior, Monseñor Quixote decide abandonar su parroquia y así comienza a caminar en compañía del ex alcalde de El Toboso, comunista, que acaba de perder las últimas elecciones.

ESTA no es la única obra de Greene con temática española. En 1931 publicó Rumour at nightfall («Rumor al caer la tarde»), y en el año 1938, El agente confidencial. La primera de ellas era la crónica de un corresponsal de un periódico de Londres que, llegado a nuestro país, prepara una serie de reportajes sobre la guerra civil carlista. Este libro jamás se volvió a publicar junto con The name of action, aparecido en 1930. Según parece, su autor se ha negado a dejarlo reimprimir, e incluso así lo ha escrito en su testamento. El agente confidencial lo había redactado tan sólo en seis semanas, durante las mañanas, porque no tenía dinero para subsistir él y su familia. Por la tarde seguía trabajando lentamente en El Poder y la Gloria.

(*) Un avance de este primer capítulo fue publicado en la revista inglesa «The Tablet», y también en la revista francesa «Magazine Littéraire», número 150.





CUEVAS DE SANTANDER

Escribe Julia CASTILLO

PASADO el tiempo, la fuerza con que hallo impreso un determinado recuerdo en mi mente parece, naturalmente, corresponder a la gravedad de la luz que envolvía el suceso en el instante de su grabación en la memoria. Y digo suceso, pues, aunque se trate de un objeto, el recuerdo, que es un acto en sí mismo, atañe siempre o remite al acaecer de su contemplación.

POR otra parte, qué duda cabe que lo que amamos, la belleza por ejemplo, suele ser encomendada al recuerdo en el instante mismo en que la descubrimos. La sola vista tendría esta facultad, que se agudizaría, en beneficio del alma, ante lo irrepetible. Quiero decir que la contemplación de lo propiamente fugaz podría llevar, desde un principio, aparejado el sentimiento de la nostalgia.

Mi razonamiento sería inútil, si yo no hubiera ya, de momento, encontrado la siguiente explicación: si los recuerdos tienen sus matices, y éstos están emparentados con la luz en medio de la cual se originan, entonces hallo el porqué mi mente es tan rica en recuerdos del Sur.

Y cuál habría de ser, me pregunto ahora, el futuro de las visiones almacenadas durante mi estancia en Santander, en visita a las cuevas de Puente Viego o de Hornos de la Peña?

EN el interior de una cueva no hay luz alguna. Nuestro acompañante, el querido Felipe Puente, hubo de apagar su potente linterna frente a la gran cascada estalagmítica que se yergue, si bien hacia el suelo, en la inmensa sala de una de las cavernas. Ahora pienso que mucho hubiera lamentado no llegar a admirar aquella oscuridad tan absoluta. Ni siquiera el blanco inmaculado, radiante, de la gran cascada, era posible adivinar. Y en medio de la oscuridad se impuso otra maravilla: el silencio. ¿No había sido nuestra admiración la que, a lo largo del recorrido, y en frases casi incontenibles, había ido rompiendo el silencio de la cueva quebrándolo? Sin embargo, ahora había de ser el silencio, unido a la oscuridad, lo que despertara en mí una admiración nueva y profunda.

Y fue ese momento también el que mejor me pudo revelar lo indisolublemente unidos que estaban el frío, algo espeso, y la humedad constante, en el interior de la caverna. En realidad iban unidos el frío, la oscuridad y el silencio. Pero mientras yo el primero ya lo conocía como parte de la Naturaleza, la oscuridad total, y sobre todo el silencio, eran para mí, hasta entonces, más que verdades, signos; más que realida-

des existentes en un estado puro y primordial, dos conceptos abstractos, literarios.

TAMPOCO hubiera yo acertado nunca a ver el agua en su papel creador, sino de aquel modo expresado, en millares de gotas henchidas por su propio peso, y pendientes de la roca de su creación. Bien sabía yo que a cualquiera de aquellas gotas sin temblor alguno podía faltarle muchos años antes de caer oscuramente, dejando un rastro sólido en su lugar. Esa obra conjunta, del tiempo y del agua, era por cierto ajena a la idea fecundante y risueña que se desprende del rumor caudaloso de un río.

HABIA comenzado a escribir temiendo por la inconstancia de los recuerdos suscitados lejos de una luz brillante. No sabía que habría de resignar precisamente a la oscuridad alguno de los recuerdos más imborrables del viaje. Quizá lo que no es creación humana, sino parte del mundo creado, viva parte de la eterna Naturaleza, lógico es que dure también en nuestra memoria, que permanezca vivo, enteramente casi, en el recuerdo. Pero, ¿y la huella del hombre, aquellas pinturas y grabados contemplados en las cavidades salientes y lienzos de muro en la roca?

El arte rupestre del Paleolítico no es un prodigio más. El hombre fósil, cuyos utensilios vemos expuestos en los museos, dejó para siempre en las paredes y techos de las cuevas lo que seguramente nació en ellas: el arte.

ES cierto que el hombre gustó de utilizar las protuberancias naturales de la roca, y que halló en ésta un soporte rico en matices, en grietas y vetas de color, donde apoyan con la imaginación el verso de sus representaciones. Pero, así como ante algunas figuras —pienso en unos ciervos de trazo negro— es indudable que existe una valoración del lugar escogido, por todas partes se ven lienzos de roca desaprovechados, y se advierte una tendencia del hombre a escoger para sus pinturas lugares impensados y semiocultos.

SI el arte bien pudo nacer en el interior de las cuevas. ¿Y no será porque la cueva, entraña de la tierra, es en sí misma un templo, y como tal apareció ante la imaginación del primer hombre, despertando en él un deseo invencible, haciendo él así a ese don y a esa entrega?

ES difícil aceptar, para quien no es un especialista en estos temas, la tesis de que pinturas y grabados prehistóricos tenían por objeto el propiciar la caza. Si estamos ante un arte, el primero, y el arte desde hace tantos miles de años hasta hoy, ha gozado y goza de tan buena salud, ¿por qué atribuirle un nacimiento forzoso o casual? ¿Cómo convertir el arte en necesario para la caza, y no para el hombre, que desde entonces no lo ha abandonado ni se ha sentido abandonado por él? ¿Y la belleza de estas representaciones, la belleza de su forma, de su color, de su idea? ¿Hubiera sido neces-

rio que fueran bellas para servir el propósito de asegurar la caza? ¿Y no era ésta, además de una necesidad, un suceso cotidiano, una forma de apresar la realidad, al fin y al cabo? Sin duda, aquellos hombres de la prehistoria veían en la Naturaleza como nos sucede a nosotros, un espectáculo. Y la caza era, más allá de asistir a ese espectáculo de la Naturaleza, el modo de entrar en contacto con ella, con el mundo. Aquella búsqueda y consecución de lo necesario para sobrevivir debía despertar en el hombre, en su pensamiento, un mecanismo que hacía referencia a ideas abstractas, y no solamente ideas exclusivamente mágicas o religiosas.

NO es que yo crea que la magia o la religión están reñidas con el arte o su pureza. Ni la magia ni la religión lo están, claro. Pero la técnica del hombre prehistórico no es una manipulación de las formas naturales, ni siquiera pudo inspirarse enteramente en ellas. La técnica del hombre prehistórico antes podía llamarse moral: «una pasión y un ascetismo», en palabras de Octavio Paz, ¿Cómo si no podrían tener esas pinturas de hasta treinta mil años la fuerza y significación de lo contemporáneo?

MUY pocas representaciones prehistóricas, de entre las que yo he podido ver, no llegan al grado de la perfección en el arte; raros son los titubeos y, más aún, las equivocaciones en los trazos. Coexisten además las dos grandes tendencias o impulsos del arte: la abstracción y el realismo. A las pinturas abstractas se les ha buscado inútilmente un significado; del realismo de las otras no se advierte que se trata de un realismo trascendente, que encierra un fondo idealismo, una conciencia pura de la visión. De los caballos, ciervos y bisontes el hombre también ha hecho abstracción; su verismo, su realismo está siempre en tensión con su significado y valores últimos. El espacio, es verdad, no está representado, pero sí existe una simbolización del mismo.

QUE duda cabe que el arte prehistórico, el arte de las cavernas, constituye un momento excepcional del arte. Pero yo creo que se trata también de un momento excepcional del pensamiento humano. Su aparente falta de complejidad ha hecho, desde su descubrimiento, y hace todavía muy difícil de ilustrar su misterio. Para mí, tanto las formas abstractas como las realistas son, ni más ni menos, que la presentación y representación de las ideas del hombre de aquella edad interglaciaria.



Don Jorgito y los gitanos

JORGE Borrow, de cuya muerte se cumplen ahora cien años, autor de «La Biblia en España», traducida a un magnífico castellano por don Manuel Azaña —¡oh, primorosa primera edición de «La Nave»!—, fue un gran amigo de España y un gran amigo de los gitanos españoles. Estos le llamaban cariñosamente «Don Jorgito el Inglés» y él tradujo al caló gitano para ellos el Evangelio de San Lucas.

Hay más: creo recordar que don Jorgito hizo una traducción del caló gitano al vascuence, que se publicó en Madrid con prólogo del conde de Romanones, que era un sobrio escritor, como lo acredita su excelente biografía de don José Salamanca, «gran señor y creador de riqueza».

JORGE Borrow, que habría de escribir uno de los mejores reportajes viajeros de España, en mi concepto, llegó a Madrid vía Lisboa, se compró una mula en una calleja de los alrededores de la Puerta del Sol (aún quedan callejas alrededor de la Puerta del Sol), la cargó con unas alforjas llenas de Biblias y se lanzó a los caminos. Donde le topaba la noche hacía alto, se hospedaba en cualquier desván o cualquier pajar campesino, tomaba sus notas, hacía su propaganda evangélica y escribía, escribía incesantemente. Leyendo a Galdós y a don Jorgito el Inglés, se puede tener una idea de nuestro siglo XIX.

PORQUE don Jorgito vivió España al pie de la letra. En Madrid es detenido y da con sus huesos en la cárcel, sin admitir la intervención del embajador inglés, que quiere librarle de la celda. En la cárcel coincide con Luis Candelas, si mal no recordamos, y con otros bigardos que lucen en el patio, a la hora del recreo, las camisas de seda que les llevan sus amantes, las cuales se ostentan garbosas y orgullosas al lado de sus hombres en la hora permitida.

ABRE en 1837, en la capital de España, una librería por cuenta de la Sociedad Bíblica de Londres, y sostiene porfiados forcejeos con las autoridades, que, presionadas por los enemigos ultras de los protestantes, quieren hacerle la vida imposible al propagandista. Lo que Borrow es de verdad no es un fanático de tal o cual secta, sino un viajero, un reportero de andar y ver, una especie de Quijote británico que parte el pan de su zurrón con el caminante menesteroso que encuentra al paso, y que se interesa por la vida cotidiana de los aldeanos que le alojan en su peregrinación. Sabemos así cuáles son sus alimentos, sus modos de vida, sus costumbres, sus colchones rellenos de hojas de maíz. (Las típicas panochas norteñas.)

DON Jorgito y su mula. Antecedentes de aquella mula que con el tiempo había de cabalgar Ortega, haciendo la ruta del Cid, y escribiendo también uno de los



Escribe
Angel LAZARO

más bellos libros de andar y ver que sobre España se hayan escrito. Y cuenta que el género es abundante y precioso, desde Washington Irving, con sus «Noches de la Alhambra» y «El país de lo imprevisible», de Richard Ford, hasta «Rocinante vuelve al camino», de John dos Passos, y todo lo de Hemingway sobre temas españoles.

QUE ya se acabaron los gitanos como los amigos de Borrow (y de Federico Lorca), tratantes en mulas y tejedores de cestos, así como echadoras ellas de cartas y decidoras de la buenaventura? No lo creemos, por mucho que el gitano trate de integrarse normalmente en la sociedad. Sin ir más lejos, se nos ocurre el ejemplo de Carmen Amaya y sus gitanos que hubieran hecho muy buenas migas con don Jorgito. Hace no muchos años llegó a Nueva York, vía La Habana, la malograda y genial bailaora gitana Car-

men, que iba con su tribu naturalmente. Allí los inspectores de emigración les hicieron pasar fatigas en la casilla de pasajeros: «¿Sabéis ustedes leer y escribir?». «No sabemos, ni queremos», respondía el guitarrista, que era un sarmiento retorcido, pero con unos dedos prodigiosos para la guitarra. Y como le insistieran en el inacabable interrogatorio, replicó: «Señor, ya nos han preguntado cinco veces si sabemos leer y escribir. Nosotros no hemos venido aquí a enseñar a leer y escribir a la gente. Lo nuestro es tocar, cantar y bailar.»

A las pocas semanas, la gran revista «Life» daba en sus páginas centrales a Carmen Amaya y sus gitanos..., los mismos, o sus descendientes, que le vendieron una mula a don Jorgito en las intermediaciones de la Puerta del Sol madrileña, a lomos de la cual recorrió gran parte de Iberia para dejarnos un libro antológico comparable a los de Mérimée y Gautier, que no hay que echarlos tampoco en saco roto.

ESTE año de 1981 se cumplen cien años de la muerte de aquel quijotesco inglés George Borrow, que, nacido en el 1803 y venido a España en 1835 a vender biblias, se hizo casi español y casi gitano, mientras escribía uno de los mejores libros de viaje que se hayan escrito sobre nuestro país.